



**ANASTASIA, O LA RECOMPENSA DE LA
HOSPITALIDAD (1818), DE
ANTONIO MARQUÉS Y ESPEJO,
APROXIMACIONES Y
DISTANCIAMIENTOS DEL TEXTO
SUIZO ORIGINAL**

FELIPE RODRÍGUEZ MORÍN
Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII

Introducción

Del conocimiento previo de la manera de operar de Marqués y Espejo en materia literaria (con apenas producción suya propia original), y tras la lectura de *Anastasia, o la recompensa de la hospitalidad* (1818), surgió la fuerte convicción de que esta novela tenía que provenir de la traslación de otra escrita en lengua francesa, que había que descubrir. Las correspondientes averiguaciones culminaron, por fin, con el hallazgo de un texto de 1777 que resultó ser la fuente de nuestro autor: dos capítulos de *Le Thévenon, ou les journées de la montagne*, del pastor calvinista y geólogo suizo Jean Élie Bertrand (1713-1797).

Alumbrada esta más de cuarenta años antes que la narración de Marqués, al calor aún de la Guerra de los Siete Años, nos proponemos en este trabajo: a) señalar las principales discrepancias existentes entre un relato de 1777, fruto de un clérigo protestante, y la versión de un sacerdote español —caso de Marqués— publicada en 1818, año de su muerte; b) consignar los puntos de encuentro entre ambos autores y las posibles causas de esa conexión; y c) intentar descifrar la finalidad última que subyace en una y otra ficción.

Para este fin nos hemos detenido en confrontar el título de Marqués con el del escritor helvético, tanto en lo concerniente a la edición de *Le Thévenon* de 1777 como a la de 1780 y 1782 (sacada con el nombre de *Le solitaire du Mont Jura, ou récréations d'un philosophe*), a fin de determinar en cuál de ellas probablemente se basó el español, qué partes o pasajes mantuvo, cuáles modificó y en qué sentido, o qué otros fragmentos dejó, sin más, de transponer al castellano.

En cuanto a la estructura de nuestro artículo, hemos organizado este en cinco epígrafes. El primero de ellos: “El origen foráneo de *Anastasia*. Alguna de sus particularidades”, refiere diversos aspectos generales que pueden ayudar a presentar la obra de Bertrand, señalándose la característica de que una serie de cartas misivas se erigen en motor de la misma, y la peculiaridad de ser dos los narradores que conducen el relato.

En el segundo rótulo: “El texto de Marqués y Espejo”, nos adentramos más específicamente en la traslación hispana de la novela,

proporcionando unas pinceladas sobre la biografía y la obra literaria de Marqués y su encaje en el panorama traductor de la época.

La siguiente división del estudio: "Divergencias entre la versión de Bertrand y la de Marqués", se centra en aquellas diferencias que hemos tenido por más sustanciales entre los dos impresos, consecuencia directa del distinto contexto personal, literario, social, religioso, geográfico, etc., en que se desarrollaron los respectivos escritores.

A continuación, en "Coincidencias entre ambos autores", ponemos de manifiesto las inevitables confluencias que han de darse entre una traducción y el texto elegido como fuente, y que en este caso parecen hallar cobijo a la luz de ciertos presupuestos ilustrados, como el valor enorme otorgado a la educación, el gusto por la práctica de la virtud, la importancia de poseer un espíritu sensible, la denostación del lujo, etc.

Por último, con la "Distinta finalidad de la fábula en Bertrand y en Marqués", queremos dejar reseñados los aspectos que, a nuestro juicio, resultaron nucleares en un relato y en otro, y que parecen no coincidir del todo. Pues, para Bertrand, tal se nos representa que fue el poderoso y nefasto influjo de una guerra, que aún conservaba fresca en la memoria, el mecanismo que impulsó su narración, con el fin de inculcar la repulsa hacia toda contienda bélica, acérrima antagonista de la deseada fraternidad universal. En cambio, creemos que Marqués se propuso más bien destacar la trascendencia del arrepentimiento, de la práctica de la virtud, y en especial de la hospitalidad para con el necesitado, en reflejo, quizá, tanto de los remedios como del desenlace feliz que, a las vísperas ya de su muerte, sin duda deseaba para su propia alma.

El origen foráneo de *Anastasia*. Alguna de sus particularidades

Como hemos dicho antes, al estilo y modo seguido en prácticamente el resto de sus obras, esta de Marqués es, otra vez más, una traducción, en concreto, de la "Cinquième journée. De l'hospitalité" (187-220) y de la "Sixième journée. L'hospitalité récompensée" (221-286), pertenecientes al título de Bertrand más arriba expresado. El libro completo de este consta de nueve jornadas, que aparte de las dos ya reseñadas son: 1ª: "Le lever du soleil", 2ª: "Le midi", 3ª: "La belle soirée, ou le coucher du soleil", 4ª: "Le clair de lune", 7ª "Sur la tolérance", 8ª: "Sur l'éducation", 9ª: "Sur les moeurs"¹.

¹ El ejemplar se inicia con una "Dédicace à la société qui ne joue ni ne médit" (2 pp.). Respecto de este impreso, Masseau señala lo siguiente: "La contemplation solitaire d'un paysage montagneux et l'émotion que provoque la beauté du site sont présentées comme une preuve de sincérité, et comme le signe d'une évidence religieuse" (264 n.); y califica esta obra de Bertrand como de inspiración roussoniana. En esa misma línea apunta Dumont: "cet ouvrage rappelle Rousseau par son caractère sentimental et par l'importance qu'il donne aux beautés de la nature" (228-229).

En 1780 apareció una reedición algo más extensa, en dos volúmenes, con la siguiente disposición en el asunto que nos toca: “Partie I”: “Cinquième journée. De l’Hospitalité” (206-242) y “Partie II”: “Sixième journée. L’hospitalité recompensée” (1-70). Sin embargo, en términos generales, las adiciones introducidas en esta tirada no resultaron muy significativas, al menos en el texto que nos concierne, siendo la mayor y más importante de ellas la relativa a varias frases y versos que añadió Bertrand tras la leyenda de Júpiter y Licaón, con la que finalizaba la página 221 en la edición de 1777 (y que Marqués había omitido); puesto que ahora plasma el autor suizo (1780 II: 2-3), sin citar su fuente, algunas observaciones acerca de Homero extraídas de un artículo publicado en abril de 1777 en el *Journal Encyclopédique ou Universel* (302-303), donde se comentaba la traducción de Dubois de Rochefort: *L’Odyssée d’Homère*, y se repetían varios versos concretos del tomo II (37-38 162).

Esta agregación de nuevos fragmentos termina, curiosamente, con una cita teatral, cuya autoría tampoco ahora se menciona, donde se reproducen las palabras finales de un drama de Fenouillot de Falbaire, *L’honnête criminel, ou l’amour filial* (64), en las que se proclamaba que en el mundo existe mucha gente buena, bastante más de la que se piensa; una optimista visión del ser humano que supone una especie de síntesis del pensamiento de Bertrand, según dejó reflejado en el libro que nos ocupa.

Que sepamos, existió, al menos, una tercera tirada en 1782, idéntica a la de 1780 (en la parte que nos atañe), aunque con la muy significativa novedad de haber modificado su título: *Le solitaire du Mont Jura, ou récréations d’un philosophe*.

Marqués parece que realiza su traducción a partir de la primera edición de Bertrand, aunque no poseemos más indicios al respecto que el hecho de que no hubiera reflejado en su traslación al castellano nada de lo añadido en las ediciones posteriores de Bertrand. Únicamente hemos reparado en un pequeñísimo detalle, dentro de un parlamento de madame de Vallincourt/Vallincourt: “¡Ah!, que no conoces toda la enormidad de mis crímenes” (140), donde se utiliza una interjección inicial, al modo en que se plasmaba en la tirada suiza de 1780: “Ah! vous ne connoissez pas mes crimes” (II 53); cuando la misma no aparecía en la impresión primitiva, de 1777: “Vous ne connoissez pas mes crimes” (270). Pero, salvo este fútil pormenor, nada nos impide considerar que la fuente en la que bebió Marqués fue el texto de 1777, que será por el que, de forma generalizada, citaremos en adelante².

² En ocasiones remitiremos conjuntamente a las páginas de los libros suizo y español. Como aquel comienza en la 187, y este concluye en la 174, no habrá lugar nunca a confusión; siendo siempre el guarismo más bajo el correspondiente al texto de Marqués.

Junto con la circunstancia de valerse de dos narradores, conforme luego trataremos, un rasgo característico de esta novela lo constituye el protagonismo cobrado por una serie de cartas durante la primera parte del relato, las cuales nos ponen al corriente de una secuencia de acontecimientos ocurridos varios años antes de que acaeciese el episodio central de la narración. Como resulta de sobra sabido, desde el gran éxito editorial de *Pamela Andrews or Virtue Rewarded*³, de Richardson, el género epistolar estaba muy de moda, sobre todo en la época en que Bertrand publicó su libro.

Al hilo de lo manifestado, se hace menester reparar en la intensidad que poseen la mayor parte de aquellas misivas de Bertrand, las cuales, de alguna forma, nos acercan al género teatral, por su desarrollo en una especie de diálogo truncado, aplazado y continuado en otra carta posterior, y donde se condensan y dinamizan al máximo los componentes de la acción. En ocasiones, es la misma anfitriona Elisabeth/Isabel, quien, tras la lectura de las cartas por parte del visitante, se encarga de dar una suerte de réplica dramática, recordando las reacciones vividas por ella misma y, sobre todo, por Anastasia/Sophie, a quien sustancialmente iban aquellas dirigidas⁴.

En total se recogen ocho cartas, cinco de ellas procedentes de Du Theil, marido de Sophie/Anastasia, una de la propia Sophie/Anastasia, otra del médico del ejército que apresó a Du Theil, y una última, ya muy avanzada la novela, perteneciente a una prima de Sophie/Anastasia. A esta nómina epistolar habría que añadirle, si acaso, otros dos elementos, aunque tangenciales al núcleo de la acción: un "Billet de la dame Elisabeth" (225-226)/ "Esquela de la señora Isabel" (74-75) —que esta envía al caminante, a fin de comunicarle la presentación en su casa del abuelo de la pequeña—, y tal vez también cierto mensaje que, aunque de forma verbal, le transmitió Elisabeth/Isabel a dicho viajero —en el que ponía en boca de la difunta Sophie/Anastasia lo satisfecha que se hallaba de habitar en aquel hogar—, puesto que realiza un traslado de sus palabras de forma estrictamente literal, recurriendo en ese afán el texto suizo a la letra cursiva (201), y al entrecomillado, el español (31).

Por otro lado, es de rigor indicar que el propio visitante, que se había acercado hasta aquel predio paseando, es quien se erige en el primer narrador de la obra, y quien enmarca temporalmente toda esa información,

³ El traductor español de esta novela inglesa había sido Ignacio García Malo: *Pamela Andrews o la virtud recompensada*, confeccionada a partir de la traslación francesa del Abate Prévost. Por su parte, Marqués llevó también a cabo una versión teatral en verso de *Clarissa* de Richardson: *Miss Clara Harlove* [sic].

⁴ Como dice Rueda sobre el particular, si bien atribuyendo el acierto a Marqués por creerlo el verdadero autor del relato, esta circunstancia "crea un complejo y sugerente entramado discursivo en el que las cartas se contraponen al discurso oral a la vez que lo complementan" (*Cartas* 352).

suministrada por Elisabeth/Isabel, siete años atrás, cuando él por casualidad se había topado con aquella casa, con la pequeña Sophie/Anastasia y, por ende, con toda la historia de la que le van a hacer partícipe, y que ahora él transmite a sus lectores.

La segunda parte de la obra, en contraposición a la primera, va a estar destinada a analizar todos aquellos acontecimientos desplegados en las misivas, así como las consecuencias a que dieron lugar. Por eso, resulta más novelística, puesto que un nuevo narrador, Matthieu, que en ese menester le toma el relevo al forastero andarín, describe los sucesos acontecidos y desmenuza, desglosa y valora aquellos pormenores que propiciaron tan aciaga y amarga situación.

De este modo, la ausencia de materia epistolar en esta segunda parte — a excepción de la hallada en un cajón, que había sido enviada a Sophie/Anastasia por su prima— no va a suponer que aquellas cartas no continúen presentes, puesto que mucho de lo expresado ahora constituye simplemente una distinta perspectiva, por parte de otros personajes, de lo vertido en ellas.

Merced a esta nueva mirada, sucesos ya puestos de manifiesto por medio de aquellas misivas, se enriquecen y clarifican con una información adicional, de primera mano, obtenida de las personas que habían intervenido directamente en ellos. Así, François/Francisco Matthieu, padre de Sophie/Anastasia, se alza como un portento de humanidad, pero también se nos da a conocer su debilidad de carácter en la relación con su esposa, Vallincourt/Vallincourt, una mujer en extremo soberbia y ambiciosa, que desencadena una muy triste situación personal para con su hijastra, Sophie/Anastasia. Esta, por su parte, a través de una carta dirigida a su esposo, ya nos ponía al corriente de las maquinaciones de su madrastra para ingresarla de por vida en una comunidad religiosa, pero ella misma ignoraba algunos pormenores tocantes a ese asunto, que al presente nos proporciona otro personaje mejor informado sobre ese punto, como es el caso de su padre: “Ces deux femmes [Vallincourt y la superiora del convento] étoient fort unies para la conformité de leur caractère” (249/114).

En este sentido, la referida carta de la prima de Sophie/Anastasia no supone ningún contenido nuevo respecto de lo que ya sabíamos por medio de una misiva previa de Sophie/Anastasia a su esposo (213-219/52-63), pero había resultado ser la fuente en la que se basaban los comentarios de la joven a su amado en cuanto a que su madrastra pretendía enclaustrarla en un monasterio para siempre; argumento definitivo que terminó por hacerla huir de la casa paterna; además, gracias al hallazgo de este original, también nos es dado conocer cómo, por medio de unas pocas líneas en su reverso, Sophie/Anastasia había dejado escrita dicha intención de huir de aquella morada.

Igualmente, por medio de Matthieu sabemos de comentarios de su esposa concernientes a que se había sentido ofendida por alguna actitud del teniente Du Theil, y que de ahí procedía su inquina contra él. Por el mismo

conducto paterno, descubrimos también que Sophie/Anastasia le había enviado hasta cuatro cartas a su progenitor, que no pudieron ser contestadas porque Vallincourt/Vallincurt las había interceptado y quemado, según le confesó esta a su marido una vez arrepentida de sus actos, a la par que le había sintetizado brevísimamente el contenido de la primera y de la última de dichas misivas (271/148-149).

Esta doble óptica sobre lo ocurrido propicia que, en ocasiones, incluso se repitan expresiones por parte de distintos protagonistas del suceso. De este modo, si Sophie/Anastasia transcribía en una carta a su esposo la opinión que acerca de él le había transmitido la Vallincourt: "Il falloit être fort embarrassé d'une fille, pour la donner à un petit lieutenant" (214/54), en la segunda parte saldrá a relucir una conversación entre Matthieu y su mujer, en la que esta, casi en idénticos términos, le espetaba lo siguiente: "Il faut, m'avoit-elle dit, être bien embarrassé d'une fille, pour la livrer si jeune entre les bras d'un petit lieutenant" (245/108). Pero, además, en la voz del propio Matthieu, podemos conocer ahora la pena que todo aquello le había producido.

Por otra parte, tal y como ya hemos apuntado, todo lo acontecido en la novela transcurrió en un tiempo anterior, y en mucha medida hasta por partida doble, puesto que, como bien nos indica el viajero, la historia que cuenta acaeció a raíz de una caminata efectuada hacía ya algún tiempo: "En me promenant, il y a quelques années [...]" (194), y el meollo primordial de esa narración había sucedido, a su vez, varios años antes.

Sin embargo, a esta singularidad debemos añadirle otra, posiblemente más significativa, ya que se produce con posterioridad a todo lo acontecido durante el tiempo de la acción, y ocupa, escasamente, las tres páginas finales del texto de Bertrand, después de que el segundo narrador, Matthieu, le haya referido toda su peripecia al caminante, primer relator de la novela. Porque, aunque breve, ese tramo final servirá, sobre todo, para proclamar el premio que debe llevar aparejado toda conducta solidaria, conforme se anuncia en el título de esta parte de la obra ("L'hospitalité récompensée": 221), compendiado en el anhelo con el que se pone fin a la misma: "Je désire que tous les malheureux trouvent des coeurs aussi généreux, & que tous les actes de biensaisance trouvent toujours de même leur récompense" (286/173-174).

El texto de Marqués y Espejo

Para Marqués, que había estudiado durante tres años Sagrada Teología en el Seminario Conciliar de Santa Bárbara de París, "con singular

⁵ Marqués precisa más ese período: "Hará como unos siete años que paseándome [...]" (17).

aplicación y aprovechamiento”⁶, y se había ordenado sacerdote en dicha capital el 11 de abril de 1789, no había de resultar ningún inconveniente transponer al castellano una obra escrita en francés; como, por cierto, había hecho con casi todas las otras que había dado a la estampa en años anteriores. Y es que Marqués, entre 1801 y 1808 (año en que se desencadenó la guerra contra Napoleón), a la vez que ocupaba la plaza de capellán colector en la Iglesia de la Real Casa de Recogidas, se encargó de publicar una muchedumbre de títulos, en su mayor parte trasladados de aquella lengua; como igualmente hizo más tarde, cuando residió en la provincia de Valencia, con al menos tres de los cinco libros que dio a la imprenta, y que con más detenimiento trataremos en el último epígrafe de este trabajo⁷.

De sobra sabía Marqués que el viento en estos puntos le soplabla a favor, puesto que el ambiente que se respiraba era muy proclive a la

⁶ Vid. “Relación de los méritos, grados y ejercicios literarios del doctor Don Antonio Marqués y Espejo, Prebendado de la Iglesia Colegial de Ampudia, Capellán de la primera división de Granaderos Provinciales de Castilla la Vieja” (Archivo Histórico de la Nobleza, Osuna, CT. 482-50 s. n.).

⁷ Del talento creativo de Marqués apenas tenemos noticia, puesto que, a excepción de su libro de poemas: *Desabogos líricos de Celio, dedicados al dios Apolo*, de las reflexiones de *Higiene política de España* (1808), surgidas como consecuencias de la invasión napoleónica, o de la recopilación bibliográfica reunida en los cuatro tomos del *Almanak literario*, prácticamente toda su producción literaria, ya narrativa, ya teatral, ya de aventuras, didáctica, o de cualquiera otra índole, se asentó en traslaciones del idioma francés; como así ocurrió, por ejemplo, con los siguientes títulos: *El aguador de París* (1802), *Recreos morales del ciudadano Hekel* (1803), *Matilde de Orleim* (1803), *Retórica epistolar* (1803), *Miss Clara Harlowe* (1804; posible adaptación, en verso, de la versión de Née de la Rochelle de la novela de Richardson), *Viaje de un filósofo a Selenópolis* (1804), *Historia de los naufragios* (1804), o también, en su calidad de probable traductor, respecto de la colección de relatos contenida en la *Biblioteca selecta de las damas* (vid. Rodríguez, “Antonio” 44-51). Tampoco resultó ser enteramente autor original de *El perfecto orador* (1793) o del *Diccionario feijoniano* (1802); en el primer caso por extraer infinidad de textos de predicadores anteriores, en su mayoría franceses, y en el segundo por limitarse a seleccionar fragmentos de diferentes escritos del P. Feijoo. Sabemos, asimismo, que trasladó, esta vez del latín, la *Antorcha mística* (1802), y que en otras obras en las que se presumía su paternidad, resultaron adaptación, por no decir plagio, de otras escritas en castellano; esos fueron los casos de *Las víctimas del libertinaje* (1802), sacado del manuscrito de Manuel de Ascargorta, de 1776: *Las ceguedades del vicio y peligros del rigor. El joven Carlos*, y también de la inserción, en su traducción del mentado *Viaje de un filósofo a Selenópolis*, de determinadas cartas probablemente extraídas del tomo V de la *Colección de filósofos moralistas antiguos*, de Enrique Ataide y Portugal (vid. Rodríguez, “El Liceo” § 18).

difusión de las ideas y de los pensamientos venidos del extranjero⁸. Esta tendencia terminó por cristalizar en un gran negocio editorial, como pone de relieve García Garrosa: “en 1796 como en 1840, las novelas venidas de fuera gustaban al público. Bien lo sabían los editores, los nacionales y los extranjeros, que sorteando censuras y prohibiciones, hicieron de la edición de novelas traducidas o adaptadas al español un negocio cada vez más lucrativo” (“Ideas” 142). Y es que, conforme, en otra parte, refiere esta misma investigadora, las narraciones foráneas eran las favoritas de los lectores, por encima de las nacionales: “el público prefería la novela extranjera, y eso le dieron los editores” (“Reflexiones” 48).

Toda esta avalancha y barahúnda desembocó muchas veces en una degradación del menester de traducir⁹, especialmente si el encargado de la traslación al castellano no poseía la capacidad, la competencia o la solidez de conocimientos deseable. Por eso la figura del traductor solía a menudo resultar sinónimo de escritor ramplón, de escaso crédito literario, cuando no de simple perezoso; eso es al menos lo que opinaba Vargas y Ponce, un contemporáneo de aquella industria: “El hombre odia el trabajo por naturaleza, y ni aun pensar quiere cuando sabe que otro ha pensado por él. Por eso ha medio siglo que España alimenta sus prensas con pensamientos ajenos, y que se ha vuelto una Nación de Traductores” (179). Este debate sobre las traducciones se centró principalmente en una doble reprobación por parte de los críticos. Por un lado, se censuraban los malos usos

⁸ Lafarga resume así este fenómeno: “El siglo XVIII —sobre todo en su segunda mitad—, así como los primeros años del siglo XIX, fueron momentos de efervescencia de la actividad traductora. La multiplicación de las relaciones culturales, la cada vez mayor facilidad (aun teniendo en cuenta todas las limitaciones) de acceso a las lenguas extranjeras, con el consiguiente aumento en número y calidad de las herramientas de aprendizaje y uso, como gramáticas y diccionarios, el ansia misma de ampliar los conocimientos y el saber, tan propia del espíritu ilustrado, todo ello favorecía el auge de la traducción” (“El siglo” 209). Tales palabras son reproducción casi literal —si bien con el añadido de hacer extensible dicha coyuntura a los inicios del siglo XIX— de las plasmadas unos años antes (“La traducción” 37). En semejantes términos se expresará también Étienvre: “Entre las varias etiquetas que se le han pegado al siglo XVIII figura la de *traductor* («siglo traductor»). Y, desde luego, no cabe duda de que fue un siglo en el que (en España como en toda Europa) se tradujo mucho. Es un fenómeno que puede considerarse como el corolario del deseo, tantas veces proclamado en aquella centuria, de que circularan las ideas y los conocimientos”.

⁹ Sin abandonar el precitado texto de García Garrosa, nos encontramos con la siguiente observación: “La tendencia a las colecciones de novelas multiplica el trabajo de los traductores, en unas condiciones que tampoco eran óptimas para propiciar la calidad literaria de las versiones españolas” (“Reflexiones” 48).

lingüísticos, con especial mención a los galicismos¹⁰, y por otro se denunciaba el menoscabo que sufrían los arquetipos nacionales ante el aluvión de títulos extranjeros¹¹.

De otra parte, debemos puntualizar que el primer tercio del siglo XIX, período en el que se da a la estampa *Anastasia*, prolongó los mismos presupuestos teóricos en materia de traducción que habían regido en el XVIII. García Garrosa sintetiza así el tema: “No hubo cambios notables en las formas en que se presentó el pensamiento traductor anterior al Romanticismo. El primer tercio del siglo XIX carece de un discurso traductor estructurado y sistemático, pues no hay textos teóricos ni de teóricos sobre la materia” (“Reflexiones” 16)¹².

A cuenta de lo dicho, tal vez podríamos preguntarnos si una de las causas por las que Marqués hizo pasar esta novela como obra original suya —conforme más adelante veremos— radicó en un cierto temor a resultar

¹⁰ Apunta sobre el particular García Garrosa: “El galicismo se convirtió en uno de los más socorridos argumentos de quienes criticaban las malas traducciones y a los malos traductores; por eso, con mucha frecuencia se utilizó como recurso satírico para ridiculizar una moda que traspasó el ámbito de lo lingüístico” (“«Copiando»” 294).

¹¹ García Garrosa y Lafarga informan sobre este asunto: “Más allá de estas críticas a traducciones concretas, la prensa dieciochesca acogió también escritos de diversa índole (tomados en algún caso de periódicos extranjeros) que disertaban sobre cuestiones generales relativas a la esencia y dificultades de la traducción o, más habitualmente, la criticaban en forma de sátira o de ataque sin paliativos a los traductores, siempre, claro es, desde la actitud patriótica de la defensa a ultranza de la lengua y los modelos literarios nacionales” (“*El discurso*” 70).

¹² Este prolongado período, bisagra entre dos siglos, es considerado por García Garrosa y Lafarga como de gran actividad en la materia: “A partir de los años 1780 y hasta el cambio de gusto con el Romanticismo, se sucedieron las traducciones de relatos largos y breves, aparecidos ya en forma individual, ya en forma colectiva formando colecciones o «bibliotecas», o incluso en las páginas de los periódicos”. A la vez refieren ambos estudiosos que tuvieron gran aceptación en la época las traslaciones de narraciones morales e instructivas, tales como *El hombre feliz*, de Teodoro de Almeida, *Adela y Teodoro* y las *Veladas de la quinta*, de la condesa de Genlis; las de corte educativo, como *Almacén de las señoritas adolescentes* o *La nueva Clarisa*, de Leprince de Beaumont, así como varios relatos de Marmontel (“La historia” 60), o de Baculard d’Arnaud (62). E indican también, calificándola como de presencia más novedosa, el transvase al castellano, aunque habitualmente a través del francés, de diversos autores ingleses, tales como Defoe (*Aventuras de Crusoe*), Swift (*Viajes del capitán Lemuel Gulliver a diversos países remotos*), Fielding (*Tom Jones o el expósito*) y, sobre todo, Richardson (*Pamela Andrews*, *Clara Harlowe*, y la *Historia del caballero Carlos Grandison*) (61-62). Igualmente, evidencian que durante el primer tercio del siglo XIX fueron publicadas traducciones de Montesquieu, Voltaire o Diderot (61).

blanco de esas controversias en torno a la figura del traductor, y ello en la etapa postrera de su vida, a escasos pasos ya de la muerte, y probablemente con poco ánimo y humor para combatir los reproches¹³. La elección de su fuente ayudaba mucho en ese afán de disimular la procedencia extranjera, puesto que, por lo que sabemos, no existe constancia de que Jean Élie Bertrand fuese autor traducido en España.

En lo que atañe a este ejemplar de 1818 de *Anastasia*, que ahora estudiamos —del cual no existe expediente de solicitud de licencia de impresión en el Archivo Histórico Nacional (en adelante: AHN)—, debemos indicar que llevaba por título completo el siguiente: *Anastasia, o la recompensa de la hospitalidad. Anécdota histórica de un casto amor contrariado. Por el doctor don Antonio Marqués y Espejo, presbítero; pensionado por S. M. y beneficiado titular de la parroquia de Alberique*, y junto con él, los oportunos datos de la edición: Valencia. Por Ildefonso Mompié. 1818. Posteriormente figura una oración latina citando al profeta Isaías: “Egenos, vagosque induc in domum tuam”, así como su consiguiente traducción: “Hospeda en tu casa a los pobres y los peregrinos¹⁴”.

Tras estas referencias, la composición propiamente dicha principia, en la traslación de Marqués, con una “Introducción”, tomada en su contenido naturalmente de Bertrand, aunque este no le daba carácter proemial, sino que únicamente se limitaba a constatar: “Cinquième journée”. “De

¹³ Debemos recordar que Antonio Marqués había sufrido diversas desaprobaciones en la prensa a cuenta de su labor literaria; tal fue el caso, por ejemplo, del *Memorial Literario*, que en 1804 efectuó el siguiente pronunciamiento sobre su versión de la *Historia de los naufragios*: “la traducción es mala, y aun malísima, y la edición incorrecta” (nº XLVIII: 99). Peor todavía resultó el análisis de la misma obra llevado a cabo por *El Regañón General* de 11 de febrero de 1804: “esto no debe correr, pues es una vergüenza que en el siglo XIX se estropee así nuestro idioma” (nº 12: 93). Que sepamos, Marqués no salió en ese momento a la palestra pública a defenderse de estas reprobaciones. Aunque existe constancia de que sí lo había hecho el año anterior, a cuenta de un ataque previo por parte de una persona anónima que, bajo el epígrafe “Señor diarista”, había publicado el *Diario de Madrid* de 12 de enero de 1803, en donde con grandes dosis de sorna se censuraba el *Diccionario feijoniano*: “reparé en el autor, conocile, pareme, reflexioné, di en la cuenta, me rehíce, penetré algo más, y luego conocí la mano. ¡Oh mano bienhechora, liberal y aun milagrosa, a quién si no a tí se deben tan felices hallazgos! [...]. Traductores satirizados aprended, aprended a brillar sin sustos, a lograr sin afán y a dar al público un nuevo método nunca visto” (nº 12: 45-46). Cuatro días más tarde, el 16 de enero, le contestó nuestro autor a través del mismo *Diario de Madrid*.

¹⁴ Para esta sentencia pudo muy bien haberse inspirado Marqués en su admirado fray Benito Jerónimo Feijoo, que la citaba dos veces en una misma página de la “Advertencia previa a los discursos siguientes”, que antecedía al “Discurso XI” del *Teatro crítico universal* (tomo VII 260).

l'hospitalité" (1777: 187). Dicho preámbulo conoce su fin en la página 19, en donde se inicia un epígrafe nuevo: "La práctica de la hospitalidad" (*"L'hospitalité exercée"* 195), que alcanzará hasta la página 67. Es ese el instante en el que comienza la segunda parte de la obra (68): "La recompensa de la hospitalidad". "Historia del barón de Danjú" (*"Sixième journée"*). *"L'hospitalité récompensée"* 221), que a su vez da cabida a otro rótulo: "Historia del barón de Danjú" (80)/ "Histoire de M. François Matthieu, ou l'hospitalité généreusement récompensée" (228). Esta última transición sí que tiene su trascendencia, puesto que supone, ni más ni menos, la sustitución del hasta entonces narrador, el viajero, Antonio M., por el propio barón: Francisco Matthieu, de cuya mano proseguirá ya todo el resto del relato.

Podemos sintetizar esta versión hispana del modo siguiente: tras una descripción histórica de diferentes pueblos y culturas, donde la hospitalidad ocupaba un lugar prominente, el relator inicial cuenta un suceso que dice le acació a él hará cosa de siete años. Y es que, paseando por las montañas del Mandali, descendiendo hacia los Alduides (provincia de Navarra), había entrado a descansar en una casa, en donde descubrió que una niña, de unos ocho años de edad —la menor de las tres que rodeaban a la dueña, Isabel— parecía más fina y delicada que las demás. A partir de ahí, su anfitriona le había participado que la madre de aquella pequeña había sido una mujer francesa, Anastasia, que en estado de embarazo, acompañaba a su marido, Leandro Du Theil, y que finalmente hubo de quedarse viviendo allí, mientras él, teniente del ejército francés, se iba a luchar al frente, hacía de esto ya más de ocho años.

A través de unas cartas que Isabel muestra al viajero, se pone de manifiesto que el militar, ascendido ya al grado de capitán, destinado en Portugal junto con su regimiento, exhortaba a su esposa a que escribiera a su padre en demanda de protección. En una misiva posterior, Leandro, además de comunicarle que había caído prisionero de los ingleses y que se hallaba malherido, nuevamente instaba a su cónyuge a que, a pesar de que ella no había tenido noticias de su padre, intentara ponerse en contacto con él. También por este medio del correo, Anastasia e Isabel son conocedoras de la posterior muerte de Du Theil, un disgusto tal que le acarrea a aquella el ponerse de parto y, consecuencia de ello, acabar muriendo. A la recién nacida le pusieron el mismo nombre de su madre.

A la vez, la correspondencia epistolar pone de manifiesto otro tipo de problemas, pues nos retrotrae a la época en que Leandro y Anastasia aún no habían contraído matrimonio. Y es que esta joven había dejado escrito que todos sus problemas provenían de su madrastra, Vallincurt, segunda esposa de su padre, Francisco Matthieu, una mujer de grandes ínfulas y despótica soberbia que era contraria a que aquellos novios se desposaran. De ahí que, habiendo pretendido encerrar perpetuamente a Anastasia en un convento, esta había huido de casa. Du Theil, que ignoraba este punto, terminó encontrándola y casándose con ella.

Fueron pasando los días, después de la lectura de aquellas cartas, y Antonio, confiesa cómo había ido cogiendo afición a visitar regularmente a la pequeña Anastasia, hasta que, por fin, un día Isabel le comunica que había aparecido por su casa el abuelo de la niña, de nombre Francisco Matthieu, hombre de muchos posibles. A partir de ese momento, y hasta el final de la obra, será este quien lleve el peso del relato, confirmando y precisando, de viva voz, con detalles enriquecedores, mucha parte de los hechos que antes nos habían revelado las cartas de forma más sintética, y añadiendo otros nuevos conectados con ellos.

La razón que propició el encuentro entre abuelo y nieta fue consecuencia directa de la agonía y muerte de la esposa de aquel, puesto que antes de perecer, profundamente arrepentida de todas sus villanías, se atrevió a confesarle que había interceptado y destruido las misivas remitidas por su hija, en las cuales, entre otras cosas, daba cuenta aproximada de su localización geográfica.

La novela finaliza con la generosa recompensa a la familia adoptiva de Anastasia, por parte de Matthieu, quien, como colofón, declara su sentido deseo de que todo desdichado encuentre siempre un corazón generoso y de que los actos hospitalarios no queden nunca sin su merecido premio.

En cuanto a las reediciones del libro de Marqués, hay que indicar que hubo, al menos, cuatro: 1824 (Gerona, Antonio Oliva), 1825 (Burdeos, D. Pedro Beaume), 1826 (Valencia, Ildelfonso Mompíe) y 1828 (Nueva York, Lanuza, Mendía y Compañía)¹⁵.

La primera noticia que tenemos de *Anastasia* en la prensa se la debemos al *Diario de Madrid* de 26 de agosto de 1818 (nº 237: 266), aunque, sabiendo ahora que en realidad había sido traducción de un relato extranjero, vemos que algunos de sus juicios no iban bien orientados: “Esta novelita, o más bien historia verdadera, según se indica en su narración, parece ser obra original”. La pondera también por “la buena moral que encierra, y el interés y agrado que presenta su lectura”, pero no le soslaya un merecido reproche: “siendo de desear que obras escritas, tal vez en mejor lenguaje y estilo, tuviesen la principal cualidad de una sana y útil moral”. Igualmente informaba sobre su precio: 10 reales, en pasta.

Por su parte, la *Gaceta de Madrid* se hizo, igualmente, eco de este título en su ejemplar de 5 de noviembre de 1818 (nº 134: 1120). Se alababa ahí sobre todo, en una reseña exenta de toda reconvención a la obra, su

¹⁵ El dato de las tiradas correspondientes a los años 1825 y 1828 lo hemos obtenido de Rueda (“Housing” 23). Respecto de la editorial de Lanuza, Mendía y Compañía, Dowling apunta que, al igual que hacían otras casas de Nueva York, retaba a sus colegas de Filadelfia y Londres a fin de captar el mercado hispanoamericano, y distribuía entre la juventud romántica de esta gran área cultural, junto con títulos como las *Fábulas literarias* de Iriarte o las *Noches Lúgubres de Cadalso*, también *Anastasia, o la recompensa de la hospitalidad* (h. s. n.).

alejamiento del sesgo frívolo, reputado como de predominio en la época por encontrar lectores a toda costa, y se ensalzaba la emotividad y patetismo de sus situaciones, que cautivaban y enternecían el alma. Aunque vuelve a caer en la trampa urdida por el traductor, con la que también había sido engañado el *Diario de Madrid*: “Su contenido no es más que un suceso ocurrido en una de nuestras provincias. La ingenua verdad forma todo su constitutivo esencial”.

También habló de la obra *Minerva o el Revisor General* (tomo XII, 1818: 188), que se muestra algo más reticente a la hora de valorarla: “Esta obra se nos anuncia como original: su estilo es sencillo, su moral pura, su invención o disposición de interés y agrado: su lenguaje no muy correcto”.

La traslación de Marqués debió de contar con un amplio beneplácito por parte del público lector, puesto que, además de sus no pocas reediciones, existe una multitud de reclamos publicitarios, continuados en el tiempo, que dieron razón de su popularidad, conforme puede comprobarse en los listados de títulos que algunas librerías colocaban al final de algunos de sus volúmenes, o en los mismos anuncios insertados en la prensa periódica. Y así, a la altura de 1837, todavía hallamos rastro de su comercialización, a 8 reales en pasta, en el *Diario de Avisos de Madrid* de 27 de marzo (3c).

Divergencias entre la versión de Bertrand y la de Marqués

Comenzaremos este epígrafe señalando varias diferencias que podrían considerarse como de detalle, pero que, en alguna medida, pueden ayudar a clarificar algunos puntos a los que nos referiremos más adelante.

En primer lugar, debemos mencionar el hecho de que el texto de Marqués es algo más corto que el de su fuente, y ello por mor de diversas simplificaciones que creemos no responden a ninguna causa más que a la de procurar aligerarlo. También asignó nuestro autor, separándose de Bertrand, una afiliación al narrador de la primera parte del título: “Antonio M.”, mientras que el suizo jamás efectuó identificación alguna respecto del viajero caminante, aglutinador de la obra, sino que aparece designado simplemente como “monsieur”¹⁶. Asimismo, modificó Marqués la denominación de la protagonista a que hacía referencia su título, ya que en el original, tanto la madre como la hija, se llamaban “Sophie”. Del mismo modo, utilizó un nombre de pila para nominar al esposo de aquella, “Leandro Du Theil”, cuando en el ejemplar helvético en toda ocasión se aludía a dicha figura únicamente como “Du Theil”. En lo tocante al padre de Anastasia, “Francisco Matthieu”, traducido del “François Matthieu” del

¹⁶ Cogemos dos ejemplos de muestra: “Usted verá, Señor Don Antonio (me dijo entonces Don Francisco)” (99)/ “Vous verrez, monsieur, me dit alors M. Matthieu” (233). “Mas ya que Vmd. (Señor Don Antonio) ha sido testigo de la beneficencia” (170)/ “Vous avez été, monsieur, le témoin de la biensance” (284).

relato suizo, ha de señalarse que Marqués le confirió el título de barón de Danjú, mientras que Bertrand apuntaba a que este, a instancias de su esposa, tenía que hacerse llamar "seigneur de Calogny", así como ella exigía para sí misma el "madame de Calogny", siendo en realidad su apellido "Vallincourt", o "Vallincurt", en la conversión hispana.

Igualmente, no dudó Marqués en alterar la fecha de los acontecimientos, que Bertrand parece haber enmarcado dentro de la Guerra de los Siete Años, y que nuestro autor aplazó hasta la Guerra de las Naranjas, en 1801. Sin embargo, ninguno de los dos nombra explícitamente, ni tan siquiera fecha, tales conflictos bélicos¹⁷; aunque Marqués sí que aporta el elocuente dato de que el capitán francés Du Theil había sido apresado por los ingleses en Portugal, y también alude en una ocasión a Napoleón.

De todos modos, tratándose este nuestro del estudio de una obra transvasada íntegramente de la original, nos ocuparemos especialmente de resaltar otras diferencias, a nuestro entender bastante más relevantes, que separan a Marqués de su fuente, por ver si de ellas podemos extraer alguna conclusión significativa.

Posiblemente la mudanza mayor que efectúa el traductor, al menos desde un punto de vista formal, tiene relación con las localidades en que se desarrollan los hechos. A este propósito, conviene que nos detengamos unos instantes en recordar un episodio de la vida de Antonio Marqués acaecido muchos años atrás, en la época en la que había servido como capellán castrense en la Guerra de la Convención o Guerra del Rosellón, relativa a los años 1793-1795, cuando acudió *motu proprio* a enrolarse en el Regimiento de Voluntarios de Castilla. Allí su comportamiento rozó la heroicidad, de resultar cierto lo que él mismo relata en tercera persona:

estando en la división del valle de Bastán [Baztán] [...], desempeñando en cuantas ocasiones de armas allí ocurrieron no solo las funciones propias

¹⁷ Esta vinculación a una guerra que tuvo lugar entre 1756 y 1763, se alcanza restándole a 1777, fecha en la que se publicó el libro (o a 1776, en que quizá fuera redactado el fragmento en cuestión), unos cuantos años: "En me promenant, il y a quelques années" (194), y luego detrayendo de nuevo algo más de ocho años: "Il y a un peu plus de huit ans qu'il arriva dans ce hameau [...] un officier François avec sa femme" (195), lo cual nos sitúa en el punto del conflicto bélico. El eslabón más débil de la cadena lo constituye desde luego esa inconcreta expresión "il y a quelques années", pero de la misma se infiere que no pudieron haber sido ni muchos, ni muy pocos; y para que puedan encajar los hechos en ese escenario bélico deberían hallarse entre 5 y 12 años, un arco temporal que se ajusta perfectamente a la referida fórmula "quelques années". Además, la mayor parte de las operaciones europeas de esa guerra tuvieron lugar en Alemania (Prusia), país al que había acudido Du Theil, según menciona varias veces Bertrand, con el fin de combatir en el frente de batalla.

de su ministerio, sino animando en medio del mayor riesgo a la tropa, lo que hizo distinguiéndose particularmente en los días seis de Junio de mil setecientos noventa y tres, en que atacó y fue rechazado el enemigo del Pueblo y alturas de Errazu: en cinco de Febrero de mil setecientos noventa y cuatro, en el ataque de Irún, en los dos, tres y cuatro de Mayo del mismo, en que tomaron los enemigos Espégui y Bérderiz [los pasos de Ispégui y Berderiz]: en primero de Agosto del mismo año en la retirada de Irún, en que perdió su equipaje, ornamentos y vasos sagrados: y se portó muy señaladamente en los campos de Erice, donde atacó el enemigo en seis de Julio de este año de mil setecientos noventa y cinco, y con el mayor espíritu socorrió y auxilió indistintamente a los moribundos de ambos Ejércitos en medio del fuego.¹⁸

Aunque con mucha mayor brevedad, Marqués recuerda nuevamente su participación en esta contienda en otro de sus libros, *Higiene política de la España*: “como buen vasallo, arrojé en ellos [en los Pirineos], por el espacio de cuatro años, los trabajos y riesgos padecidos en honor de nuestras banderas”¹⁹ (10).

Por todo ello, estamos seguros de que D. Antonio conservaba con cariño en su memoria aquellos animados lugares de su juventud, y que por eso va a aprovechar esta novela para enmarcar allí lo más sustancial de su contenido, y hasta para encarnarse él mismo en el personaje y narrador Antonio M. Además, se avenía este hecho a las mil maravillas con su intención de que, al situarse la acción en España, pareciese una obra suya original.

De este modo, hemos contabilizado alrededor de treinta ocasiones en las que nuestro presbítero se vio obligado a cambiar la ubicación geográfica de su modelo, observando un especial detalle y dedicación hacia aquellos

¹⁸ Esta última acción sí que, de algún modo, pudo influir en su vida futura, ya que tal actuación fue premiada con una pensión del rey, conforme se plasma a renglón seguido de lo anterior: “en cuya atención, habiéndole incluido el General en la relación que se dio a S. M. de estas operaciones, mandó en trece de julio último se le dé renta o Prebenda eclesiástica” (“Relación de los méritos”, cit.).

¹⁹ La seducción por la vida militar le llevó, primero, a entrar en el ejército al estallar la guerra, y luego, a retrasar el regreso a su destino de canónigo en Ampudia hasta posiblemente febrero de 1796, más de seis meses después de terminada la contienda (Rodríguez, “Aproximación” 295-296). Por otra parte, en *Desabogós líricos* evocará con nostalgia su pasado castrense en aquella región navarra, así como su antiguo uniforme militar (Rodríguez, “Desabogós” 184). Incluso en una obra de teatro de 1816: *Amor y virtud a un tiempo*, por medio de Paulino, un criado del marqués de N..., y antiguo sargento, traerá de nuevo a colación alguna de estas vivencias: “¡Cuántas noches he pasado, en la sazón de los rigurosos fríos, por los encumbrados Pirineos, sin dejar el grito de ¡centinela alerta!” (9b).

parajes visitados años atrás: “Entonces tomé un mapa de los Pirineos españoles, de este lado de Navarra. Hice una especie de descubierta por todos los lugares inmediatos del Espegui, y me bajé luego por el Valle del Bastán [sic] a recorrer los del Mandali” (164-165). Por supuesto que nada de todo esto había manifestado Bertrand: “Je fis un relevé de tous les villages de Neuchatel, du bailliage de Grandson & de celui d’Yverdon, résolu de n’omettre aucun lieu sans le visiter” (281).

Y resulta, además, que la primera alusión a la orografía que realiza Marqués en su libro pertenece a la demarcación en la que sirvió en su regimiento: “Hará como unos siete años que, paseándome por las montañas del Mandali, me fui descendiendo insensiblemente hacia los Alduides” (17). El escritor suizo, en cambio, había apuntado lo siguiente: “En me promenant, il y a quelques années, sur les montagnes du voisinage, je parvins à un hameau à quelques lieus du Thévenon”²⁰ (194).

Poco después, al paso del relato que Isabel le hace al viajero (posteriormente identificado en la versión hispana como “Antonio M.”), cuenta esta que habían llegado a su casa en las montañas: “un oficial francés con una Señora de la misma nación. Debían, según me dijeron, atravesar toda la cordillera de montes para encaminarse a Pamplona, porque venían de Baigorri” (20-21). Sin embargo, el texto original no señalaba, ni mucho menos, esa zona: “Ils devoient, disoient-ils, traverser la montagne pour passer à Yverdon [...]. Ils venoient de l’évêché de Bâle [obispado de Basilea]” (195).

El destino final al cual debía incorporarse el militar tampoco coincidía en una y otra composición, porque, con motivo de tener que dejar sola a su esposa, leemos en Marqués: “hasta que él volviese de Portugal, dentro de unas diez semanas” (22), y en Bertrand: “souhaiteroir de rester avec nous jusqu’à son retour d’Allemagne, qui seroit dans six mois” (196). Respecto de estos puntos de la Guerra de los Siete Años (que Bertrand, recordemos, nunca nombra), y las consiguientes operaciones militares del ejército francés en territorio germano, transmutado en región portuguesa en el texto hispano, se volverá a reincidir en un par de ocasiones más (56/215 y 91/234-235).

En su afán de disimular las fechas y la geografía en que se desarrolló la acción de la novela, Marqués aprovechará para jugar la baza de utilizar una figura, por desgracia, sobradamente conocida todavía en la España del año 1818, en que aquello escribía. Nos estamos refiriendo a Napoleón Bonaparte, a quien menciona el padre de Anastasia cuando por carta se dirige a Leandro Du Theil, pretendiente de su hija: “haga V. aún un par de

²⁰ Más adelante Bertrand comenta que el viajero acudía a visitar de vez en cuando a la pequeña Sophie “depuis le Thévenon” (224). Marqués, por su parte, narrando estos mismos hechos apunta que el referido Antonio M. se desplazaba a ver a la joven Anastasia “desde el Mandali” (71).

campañas, que es muy probable se haga la paz, pues no ha de querer Napoleón estar eternamente en una guerra general” (93). Un nombre propio que de ningún modo podía encontrarse en su fuente, datada en 1777: “faites encore une couple de campagnes, il est apparent que la paix se fera”²¹ (236).

Por otro lado, la localidad de Pamplona se va a convertir, al menos en un principio, en la Neuchatel del original: “Habíamos quedado acordados, antes de marcharse su marido, que las cartas vendrían para mí bajo de otro sobre para un Comerciante de Pamplona, que me las remitiría”²² (24)/ “On étoit convenu que les lettres seroient sous le double couvert d’un marchand de Neuchatel & sous le mien, & qu’il me le seroit parvenir” (197). En esta suerte de reasignaciones, la ciudad francesa de Pau se corresponderá con la de Pontarlier, municipio de ese mismo país (31-32/201). Del mismo modo, Besançon (203) es mutada, por el arte de Antonio Marqués, en Burdeos (35); una correspondencia geográfica esta que se verifica asimismo un poco más adelante (20/46 y 213/52).

La confesión de madame de Vallincourt/Vallincourt, la arrepentida esposa de Matthieu, relativa a los datos que poseía de la posible residencia de Sophie/Anastasia, dará lugar también a toda una catarata de poblaciones que nuestro literato, con buen cuidado, irá sustituyendo, una a una (270/147). Además, en esta labor de enmascaramiento Marqués no pareció poner demasiado esmero en mantener las reasignaciones de las correspondientes localidades que anteriormente había mencionado, puesto que al hacer pasar esta novela suya como original nadie podría enmendarle la plana en cuanto al nombre de los lugares, siempre y cuando su disposición geográfica no resultara absurda.

De todas formas, a cuenta del distinto emplazamiento de la casa de Elisabeth/Isabel, que en el libro español tornó las montañas suizas por las de Navarra, deviene un problema importante, que no sabemos si Marqués obvió, o simplemente no se percató de su existencia; y es que dicha región del ejemplar de Bertrand, en la que se sitúa la vivienda de Elisabeth, al ser francófona, comparte el mismo idioma, desde luego, que el hablado en Francia. Pero el caso es que Marqués no salvó en su historia la

²¹ Tampoco Bertrand aludía a ningún país concreto en el trance en el que Matthieu, intentando convencer a su hija, le explicaba que había que ganar tiempo para poder llevar a buen término su matrimonio con el teniente Du Theil: “Jusqu’à ce que je puisse conclure votre mariage après la campagne prochaine» (216). En la versión en castellano, nuevamente se vuelve a mencionar a nuestro vecino peninsular: “concluida la próxima campaña en Portugal” (58).

²² Sin embargo, poco después, Pamplona, en el libro de Marqués, se configura como sustituta de la ciudad de Schassouse (capital del cantón del mismo nombre), citada por Bertrand: “Depuis Schassouse j’ai couru la poste” (199)/ “Desde Pamplona por Valladolid, he corrido siempre en posta” (26-27).

particularidad de que los viajeros franceses se entendieran a la perfección con sus interlocutores españoles. Es más, la incoherencia gana en mucho cuando, sin mediar ulterior explicación, se comenta la circunstancia de que la esposa de Leandro, Anastasia Matthieu Du Theil, “enseñaba a leer a la mayorcita de ellas [de las hijas de Isabel]” (23). Distorsión idiomática esta que, por la razón expuesta, no acaecía en el original, de donde Marqués extrae el hecho: “Elle apprenoit à lire à l’ainée” (197).

Aparte de las ya señaladas, concernientes a la geografía, otra divergencia entre los textos de Bertrand y de Marqués estriba en el distinto tratamiento de las materias eclesiásticas. A diferencia de lo que podría deducirse de la siguiente opinión de Ana Rueda, acerca de la postura de Marqués en *Anastasia* en lo tocante al plano religioso: “the anticlerical vein that runs through the novel and the author’s disengagement from religious arguments in support of hospitality” (“Housing” 24), creemos que, partiendo del original del que extrajo el contenido, nuestro autor tiró siempre, sin ninguna duda, hacia la defensa del catolicismo. Esta actitud la llevó a cabo de dos formas; por un lado, omitiendo lo que consideraba de alguna manera comprometido en este tipo de asuntos y, por otro, reforzando aquellos puntos que pudiera, en ese aspecto, calificar como de tibios en su fuente.

En cuanto a la erradicación de componentes que pudiera considerar en cierto modo ofensivos para sus creencias, bien pronto topamos con una, puesto que Bertrand ya en su primera página, al evocar la hospitalidad y su ejercicio, registraba una serie de organizaciones sociales que, a su juicio, entorpecían su práctica: “Vertu céleste & sublime, qu’êtes devenue? Nos institutions politiques, civiles, religieuses, vous ont éteinte sur la terre” (187). Marqués, sin embargo, recorta elocuentemente esa lista: “Pero ¿y qué es hoy ya de ti, virtud celestial y divina. Nuestras instituciones políticas han llegado a ahuyentarte de la tierra”²³ (6).

De todos modos, la eliminación de este tipo de contenidos, en cierto modo antagónicos de su condición sacerdotal, se hace todavía más evidente en la segunda página del modelo helvético, cuando a través de un párrafo, que de haber recogido Marqués le hubiese correspondido ir en la página 7, criticaba abiertamente la intolerancia en materia religiosa:

Le zele pour une religion particuliere, lorsqu’il anéantit l’affection envers ceux qui ne pratiquent pas le même culte, ou ne croient pas les mêmes

²³ A esa misma finalidad de librar de cualquier connotación negativa las alusiones a las creencias religiosas, suponemos que responde la siguiente elisión en la traducción de las palabras de Bertrand: “L’intérêt national, l’avantage concentré de la cité, la gloire prétendue de l’église, où l’on es né, sont taire cette voix qui nous invite à aimer nos semblables” (189). En la versión de Marqués se pierde la señalada mención a “l’église”: “El pretendido interés nacional, una falsa utilidad civil o la gloria mal entendida de la villa en que hemos nacido suelen apagar esta voz que nos convida al amor de nuestros semejantes” (7).

dogmes, n'est point de la piété; c'est un sentiment barbare, dicté par l'orgueil & le fanatisme, contraire aux saints mouvements que l'humanité inspire & réclame. De là l'esprit d'intolérance & de persécution. (188)

Y si de esta forma inicia su novela Marqués, así la termina: “Solo me resta; ¡y el santo Cielo lo haga! [...]” (173), unas frases ausentes en la última página de Bertrand (286).

Tampoco duda nuestro autor en reformar, por no decir deformar, aquellas frases susceptibles de acarrear alguna connotación negativa para el ámbito eclesiástico, y ello aun a riesgo de despachar un enunciado prácticamente ininteligible. Tal es el caso que ocurre a raíz del alumbramiento de la pequeña Anastasia y consiguiente muerte de su madre: “El nacimiento de esta niña movió la atención de la justicia, que temía no fuese algún día demandada por su haber” (43). En cambio, su fuente sí que lo había expresado con suficiente claridad: “Cet enfant excite l'attention des chefs de la paroisse, qui craignent qu'un jour in ne fût à leur charge” (208).

Respecto del apuntalamiento en estas cuestiones relativas a la fe, nos podemos detener en la siguiente exhortación que, a través de una carta, efectuaba Du Theil a su esposa, Anastasia: “Ármate de un valor cristiano, prenda regalada mía. No te entregues a la sensibilidad de tu tierno corazón” (35); unos consejos estos que procedían de un texto de Bertrand, huérfano de tal alusión a las creencias religiosas: “Armez-vous de courage, chere épouse. Ne vous abandonnez pas à la sensibilité de votre tendre coeur” (203-204).

Igualmente, determinada llamada de Du Theil a su amada a fin de que se valiera de su razón y de su creencia en Dios para superar la dura prueba a que se veían sometidos— y que Bertrand reflejaba así: “Appellez, ma chère Sophie, à votre secours la raison, la religion, & envisagez ce triste événement comme dirigé par une Providence toujours sage. Notre vie est entre ses mains, elle en peut disposer” (205)— se verá, en la versión de Marqués, sustancialmente reforzada en lo tocante a la potestad divina: “Llama en tu ayuda a la razón y a la religión, y mira este triste acontecimiento como dirigido por una Providencia infinitamente sabia. Nuestra vida está en sus manos, y puede disponer de ella a su arbitrio. En cualquier tiempo en que su Divina voluntad se sirva separarnos” (37-38).

La terminología utilizada por Marqués para identificar la potencia que gobierna el universo resulta también más inequívoca y acorde con las formas tradicionales: “desciendan sobre ti las bondades eternas de un Dios infinitamente misericordioso” (146)/ “Vous devez aussi [...] tout espérer de la bonté de l'Être souverainement miséricordieux” (269). Lo mismo sucederá más tarde: “iluminada por la Divina gracia” (156)/ “éclairée enfin par la grace céleste” (276).

La propia muerte de Anastasia, tres días después del parto de la hija, que habría de llamarse como ella, es narrada por Isabel con sencillez,

aunque con el pertinente toque de religiosidad: "En fin dio a Dios su último suspiro con bastante tranquilidad" (43); una indicación esta que no se hallaba en la fuente: "Enfin elle rendit assez tranquillement le dernier soupir" (208). Y también en ese momento de ponerle un nombre a la criatura recién nacida, nuestro sacerdote hará, por boca de Isabel, una referencia al sacramento en cuestión: "por lo que la hice dar en el bautismo el nombre de Anastasia" (42-43), detalle ausente en Bertrand: "aussi lui ai-je fait donner le nom de Sophie" (208).

Por otro lado, un rasgo que nos parece sumamente significativo en el escritor helvético pasó totalmente desapercibido en la traslación castellana. Nos estamos refiriendo al pasaje en el que el ciudadano francés Matthieu narra sucintamente la historia de su familia, enfatizando en el texto original el ánimo comprensivo de sus antepasados, y donde se asignaba el adjetivo especificativo "tolérans" al sustantivo "chrétiens"; lo cual, suponemos, tenía una gran importancia para Bertrand: "ne se sont jamais laissé emporter ni par le fanatisme civil, ni par le zele persécuteur, & qu'ils ont toujours été sujets tranquilles, chrétiens tolérans, & amis des gens de bien" (229). Frente a estas señas, Marqués mantiene en su traducción la mayor parte de lo dicho por Bertrand, pero con la sustitución de "chrétiens tolérans" por "buenos católicos" (81), precisando así, *pro domo sua*, una determinada y concreta religión, cosa que no hacía su fuente, aunque sin duda, por la fecha y por el lugar en que se enmarcaban esos recuerdos, tenía que referirse a la católica.

De muy semejante proceder se nos antoja la traslación de la siguiente frase de Bertrand: "Je remettrai au pasteur de cette paroisse cent louis"²⁴ (285), de la que Marqués elimina cualquier reminiscencia protestante: "Pondré en manos del dignísimo Párroco de esta Iglesia cien doblones de oro" (172). Y es que, al revés de lo que sucedía con el lugar natalicio de Matthieu, sito en Francia, la aldea de Elisabeth, se hallaba situada en territorio suizo, concretamente en una jurisdicción, que hoy en día se integra dentro del cantón de Vaud (distrito de Jura-Nord), de mayoría protestante²⁵.

²⁴ Bastantes páginas más atrás, Bertrand había empleado la expresión de "curé de notre paroisse" (230). Esa distinta terminología puede obedecer a que, en este segundo caso, Bertrand aludía a la demarcación de Matthieu, ubicada en suelo francés, y por lo tanto católico.

²⁵ En este género de materias, no conviene, tampoco, olvidarse que, antes de ver la luz, los libros traducidos debían ganarse el plácet previo por parte de las autoridades, lo cual, a menudo, provocaba alteraciones del original; pues como bien precisa Pajares, hablando del tema: "los textos españoles tenían que superar los dictámenes de las censuras civil y eclesiástica de ahí que también se aprecien diferencias, a veces notables, entre las versiones francesas y españolas" ("Censura" 348).

Además, en consonancia con sus convicciones y con su propia profesión clerical, Marqués utiliza el resquicio que le permite Bertrand, en los momentos en los que la esposa de Matthieu le confiesa a este sus terribles culpas: “Je dois ménager les instans de ma vie, pour réparer le mal que j’ai fait...” (270), para poner de manifiesto la dialéctica “pecado/castigo”: “Debo aprovechar estos instantes de mi vida para reparar en lo posible el mal que he causado; sin esto, soy perdida eternamente...” (146-147). La reformulación del texto suizo vuelve a reproducirse, en parecidos términos, pocas páginas después: “enfin les crimes dont je me suis redue coupable contra le ciel, & contre vous & votre fille...” (276), mediante la adjudicación a Vallincurt de un último añadido, en el instante en el que habla con su marido de “los crímenes que he cometido contra aquellos dos infelices, contra ti mismo, y contra el cielo santo, donde debo ser juzgada...” (157).

Tal vez la prudencia literaria en su oficio de traductor fue lo que impidió al beneficiado de Alberique introducir en este escenario innovaciones de mayor calado, como hubiera sido la figura de un cura que le administrara los últimos sacramentos a la moribunda madame de Vallincurt. En este aspecto, es interesante observar cómo Bertrand renuncia a esa presencia sacerdotal, probablemente llevado por sus creencias protestantes, aunque esa acción de morir hubiera tenido lugar en la católica Francia, nación de la que, por cierto, había tenido que salir su familia, de credo hugonote, a mediados del siglo XVII.

A la vista de esto último, puede resultar no inocente, sino cargado de bastante significación, el diferente lapso temporal que reflejan ambos escritores, ministros a su vez de diferentes religiones, en cuanto a la tardanza en morir de la citada señora. Ese período resulta mucho más amplio en Bertrand, con la consiguiente y sobrada capacidad de maniobra para avisar a un sacerdote: “Je la voyois s’affoiblir de jour en jour. Elle en passa encore huit dans cet état, après les quels elle expira” (280), frente al intervalo mucho más exiguo que pinta Marqués: “resistió unas siete horas; al cabo de las cuales expiró” (168)²⁶.

²⁶ A tenor de lo expuesto, la producción de Marqués encaja con el tipo de traslación que Urzainqui califica como “traducción-corrección”, que es “aquel en el que el traductor aun pudiendo querer ser fiel en conjunto al original, lo somete a una labor de filtro y retoque para eliminar errores, y para suprimir o cambiar ideas que considera equivocadas o perniciosas (cuando no, para evitarse problemas con la censura). En cualquier caso, es una traducción que de algún modo rectifica el original, que lo enmienda, y que por lo mismo indudablemente también traiciona” (630). La mentalidad del momento jugaba a favor de este fenómeno, puesto que, como señala García Garrosa: “las convenciones de la época daban por buenas todas las «manipulaciones», tanto ideológicas como lingüísticas, que el traductor quisiera operar en el texto original si con ello conseguía un nuevo texto más acorde con el sentir y el carácter nacionales. Así, era lícito cortar o añadir, transformar e incluso deformar” (“Valladares” 45). Tal premisa no solamente se circunscribía al

A estas diferencias relativas a emplazamientos geográficos o al tratamiento de asuntos eclesiásticos habidas entre el texto suizo y el hispano, debemos añadir una más: el peculiar modo de relacionarse con el lector que denota Marqués, quien a lo largo de toda su carrera literaria manejó diversas técnicas a fin de aproximar el contenido del libro al público, ya en forma de cercanía espacial, ya anímica, o ya mediante la atribución de veracidad en lo narrado, con el perenne fin en todo momento de procurarle, por esos medios, una más fácil, amena y provechosa lectura.

En *Anastasia* es posible comprobar varios de esos métodos. Comenzaremos por una importante declaración del autor respecto de la génesis de su trama:

Han sido harto repetidas, en el discurso de mi agitada juventud, las memorables ocasiones en que he llegado a presenciar por mí mismo el afectuoso hospedaje con que los rústicos Aldeanos de nuestra Península favorecen a cuantos necesitan e invocan semejantes auxilios. Voy a hablar aquí de una de ellas. Ruego ante todas cosas a mis lectores tengan por un suceso verídico este hecho que no he podido publicar hasta ahora por varios motivos, cuyo conocimiento no les sería de importancia. Básteles saber que no es esta historia una novela inventada a discreción para entretenimiento de la ociosidad. (16-17)

Esto es, la persona del autor, Antonio Marqués y Espejo (“mi agitada juventud”²⁷), se inmiscuye por primera vez en el texto principal del relato²⁸, y lo hace con un comentario falso, con el que pretende desterrar la idea de que su tarea ha sido consecuencia de una traducción, ya que todo lo que va a contar es, según dice, producto de una antigua vivencia suya. Un engaño este que pone de relieve otro que forma parte del propio subtítulo del libro: “Anécdota histórica”; un artificio que se ve remachado, además, por el rótulo editorial que antecede a la obra, a través del cual se advertía que “Esta novela original” era propiedad de Domingo y Mompié²⁹.

contexto hispano, sino que resultaba válida para toda Europa: “Un periódico tan influyente en la época como *L'Anné Littéraire* decía que era mejor no ser fieles en la traducción de obras extranjeras, sino que estas debían adaptarse a los usos y costumbres del país receptor. Este concepto de traducción que podríamos llamar *tutelada* imperó durante todo el siglo XVIII” (Pajares y Romero, “Alberto” 135).

²⁷ Se está refiriendo, sin duda, a su participación en la Guerra contra la República francesa.

²⁸ Por nota al pie ya lo había hecho unas páginas antes, conforme luego expondremos.

²⁹ Inscripciones de esa especie quizá fueron lo que llevó al equívoco a varios investigadores acerca de la ascendencia de la obra. Es el caso de Alonso, que, a pesar de las bien fundadas reticencias con las que alude a Marqués, parece tropezar,

Escasas páginas después, Marqués torna a recalcar dicha falacia con otra afirmación por el estilo; ocurre ello al final de su “Introducción”, tras la respuesta de Isabel a la pregunta del recién llegado, Antonio M., acerca de si aquella pequeña, distinta de las demás, era hija suya. Y es justo ahora en ese instante exacto, cuando Marqués añade: “No dudó en satisfacerme al punto, haciéndome la relación siguiente, que sin la menor alteración en lo esencial de ella voy a copiar aquí casi literalmente” (19)/ “un récit qu`elle me fit à peu près en ces termes” (195). Unas palabras que, si las examinamos con ironía, no nos permitiría sentenciarlo como mentiroso, puesto que en realidad sí que lo reprodujo prácticamente al pie de la letra, pero no de la boca de una aldeana navarra siete años antes, sino de un escritor extranjero.

Distinto recurso para intentar captar la atención del lector lo constituyen diversas pinceladas, cargadas de intriga e incertidumbre, sobre los futuros acontecimientos que se anuncian. Así, donde Bertrand ponía fin a la primera parte del relato, y abría la segunda, sin más, con el consiguiente rótulo de “Sixième journée. L`hospitalité récompensée” (220-221), nuestro avezado literato inserta, antes de acabar aquel primer capítulo, un seductor mensaje que anima a no abandonar la novela: “¿Nuestra buena mujer habrá logrado la recompensa de su benéfica hospitalidad con esta desgraciada familia? Esto será lo que veamos en la siguiente relación, donde por una nueva historia tendrá fin la presente” (67).

Otra de esas tácticas de aproximación del texto al receptor del mismo pasaba por situar —como ya más ampliamente hemos dejado consignado— mucha parte de la acción dentro del territorio español, lo que, por otro lado, contribuía, y más en combinación con el reseñado argumento de veracidad, a imaginar que la obra era autóctona, y no un fruto de origen foráneo³⁰.

al menos parcialmente, en el asunto: “Aunque es traductor-adaptador conocido, en una obra, por lo menos, parece mostrarse como autor original —aunque, pienso, siempre inspirado en narraciones ajenas—: la anécdota *Anastasia* [...]” (“Infelices” 52). Unos años después, dicha estudiosa vuelve sobre este mismo asunto con mayor cautela aun, puesto que refiere el hecho, auténtico, de que Marqués “escribe, tardíamente, una novela que presenta como original” (“Traducciones” 363). Por otro lado, Mata incluye a *Anastasia* en una nómina de novelas “que constituyen antecedentes bastante claros del género histórico que se cultivará con profusión desde 1830”.

³⁰ Esta circunstancia era particular y positivamente valorada por el lector; de ahí que, cuando los traductores sí reconocían que su texto procedía de otro extranjero, solían apresurarse a hacerlo constar por adelantado. Pajares efectúa la siguiente observación, al efecto: “Es muy frecuente observar en los prólogos de traducciones españolas de la época frases como: “*«obra corregida y acomodada a nuestras costumbres por el traductor»*” (“La traducción” 389). Así sucede con el propio Marqués, por ejemplo, en su versión de *Matilde de Orleim*, donde ya en el mismo subtítulo podemos leer: “*Acomodado a nuestro teatro del francés*”.

Pero no solo de esa manera intentaba Marqués acoplar la novela al ámbito nacional; de hecho, ya a las primeras de cambio, al poco de iniciarse la fábula, hallamos un buen ejemplo de esa labor de adaptación y encaje³¹. Para ello se valdrá de una escueta nota de Bertrand en el pie de página, relacionada con la hospitalidad de los antiguos romanos, que decía así: "Ils les nommoient *hospitia*, & *hospitalia*, d'où est le venu le mot d'*hôpital*, qui designe toute autre chose" (190). Pues bien, al hilo de tan parca noticia, y en pro de su intención, insertará Marqués toda esta extensa explicación:

Llamábanse estas casas: *hospitalia*, *hospitia*; de donde nos vinieron las palabras: *hospital*, *hospedería*. Son tan comunes las existentes aun hoy en España, que ninguna otra nación podrá tener tanta multitud de ellas. Roma, la moderna, no excederá en esto a nuestra ciudad de Santiago, y raro es el pueblo, por corta que sea su vecindad, que carezca de semejantes fundaciones. Este, donde escribo, Alberique, la tiene para los forasteros transeúntes, y otra para sus naturales enfermos. ¡Ojalá estuviesen más observadas las órdenes Reales, para su conservación y utilidad!³² (9-10)

De esta misma fórmula de hispanizar contenidos se servirá también más tarde, para ilustrar las pocas probabilidades que existían de alcanzar la felicidad en dos vínculos matrimoniales consecutivos. Bertrand se había pronunciado al efecto: "Si se marier c'est mettre à une loterie dans l'espérance d'avoir un bon billet, s'unir à une seconde femme c'est prendre un billet dans l'espoir d'attraper le gros lot qui est unique" (239). Marqués recoge el símil y lo envuelve en su capa española: "Si el casarse es lo mismo

³¹ Desde este punto de vista, y retomando la terminología de Urzainqui, se podría enmarcar también la labor de Marqués dentro del tipo denominado "Traducción-nacionalización", ya que es "la versión que de un modo u otro acomoda la obra a los gustos, usos y costumbres del país para el que se traduce, a fin de hacerla —en expresión de la época— más «nacional»" (633). Y es que, refiriéndose a la clasificación que propone sobre los diferentes tipos de traducción, la propia Urzainqui subraya lo siguiente: "estas líneas [...] no son excluyentes entre sí, pudiendo en bastantes casos estar combinadas" (625).

³² Un poco más adelante introducirá otra pequeña cuña en ese sentido: "los Celtas (nuestros antepasados), los Godos" (11), al traducir: "les Celtes, les Gaulois" (191). Por su parte, García y Lafarga nos reiteran que todos estos usos se hallaban al orden del día: "El traductor puede añadir, suprimir, corregir, compendiar, abreviar, adaptar, por motivos que van desde los criterios morales al deseo de actualizar y enriquecer con nuevas aportaciones la obra original o acercarla a la realidad del país de destino" ("La historia" 31-32).

que echar a la lotería con la esperanza de ganar un buen terno: contratar segundas nupcias es tomar el billete con las miras del quintero”³³ (98-99).

Gracias a otra nota al pie, esta vez enteramente de la mano del traductor, asociará Marqués su propio entorno familiar con lo que está aconteciendo en el relato, a la par que aprovecha para volver a mencionar de nuevo una localidad española, bien cercana, por cierto, a Alberique, donde aquello escribía:

Tengo presente este caso en la familia de un hermano. De cinco hijas suyas, fueron vacunadas felizmente todas cuatro primeras, y viven aun con una robusta salud. Se opuso su madre a la misma operación con la última, y a los tres años de edad murió la criatura en Játiva, convertida en un carbón, por esta perversa enfermedad. (87)

Igualmente, se aplica nuestro autor en convertir las monedas francesas que se mencionan en la obra en otras españolas de la época; la casi absoluta exactitud en el montante total en ambos casos da razón del conocimiento de Marqués en este campo, consecuencia, seguramente, de haber vivido en París durante varios años. Tales equivalencias se producen en dos momentos del relato. Primero, a cuenta del inventario sobre los bienes de Sophie Du Theil Matthieu, efectuado por un escribano, quien, además de diversas alhajas, había encontrado “une bourse de cinquante-huit luis”³⁴, esto es, unos 464 gramos, que Marqués cifró en “quinze onzas de oro”, según nuestros cálculos, alrededor de unos 40 gramos menos.

Una segunda alusión a la cuestión monetaria se da hacia el final de la narración, al consignarse las cantidades donadas por Matthieu a Elisabeth/Isabel y a su familia, en razón de haber acogido a su nieta durante todos aquellos años. Allí Marqués transformó las libras de la dádiva original en reales y pesos, y los luses asignados al párroco del lugar, en doblones de oro (285/171 y 172).

Contribuye, igualmente, al acercamiento emocional del lector a los personajes la constante utilización de diminutivos o de expresiones familiares, como es el caso del término “tía” cuando el primer narrador, Antonio M., se refiere a Isabel³⁵: “la tía Isabel” (25, 30, 63, 66, 71, 72, 75,

³³ *Diccionario de la Academia*, 1803, 4ª edición, 4ª acepción: “Terno. En el juego de la lotería es la suerte de tener el jugador en una misma cédula tres números de los cinco que se sacan en cada extracción”. Para el quintero había que obtener los cinco números.

³⁴ El “luis”, fue utilizado en Francia hasta la Revolución Francesa. En tiempos del reinado de Luis XV, que parece ser la época en que se llevó a cabo la transacción en la novela, su peso era de unos ocho gramos de oro.

³⁵ Hasta ella misma firma una comunicación con ese sobrenombre (75).

etc.), en libre adaptación de su casi siempre invariable fuente suiza: "la dame Elisabeth" (198, 200, 206, 219, 223, 283, etc.). Ha de señalarse a este tenor que esa designación de "tía Isabel" únicamente la realiza el narrador español, Antonio M., nunca el francés, Francisco Matthieu, quien se refiere a aquella como "señora Isabel" (168), al igual que hacen los otros personajes de allende los Pirineos: Anastasia madre (23), o el esposo de esta, Du Theil (25).

Por lo que compete al uso de diminutivos para idénticos fines, un recurso habitual en Marqués a lo largo de toda su producción escrita, encontramos estos por doquier en su versión, aunque no en la original suiza, y ello tanto en nombres propios: "Anastasia" (44 72 74 168 173), "Catalinica" (173), como comunes: "mi amada nietecica" (172), "cartica" (209), etc.

Por último, hemos de anotar que muchas de las reducciones a que sometió el ejemplar de Bertrand se deben precisamente a su interés por no fatigar mucho a sus lectores, y por podar todo aquello que reputaba como de poco comprensible para ellos, como es el caso de la supresión (69) de cierto pasaje de su fuente (221), en el que se aludía a la historia de Júpiter y Licaón.

Por otra parte, el peculiar estilo literario de Marqués, infortunado ya de por sí, vuelve a aflorar una vez más en esta traducción, castigándonos con los viejos vicios y defectos de siempre, y en donde nos suministra su acostumbrada y muy generosa ración de galicismos, laísmos, etc.³⁶.

³⁶ Por lo que atañe a los galicismos, una de las banderas de la crítica de la época contra la proliferación de imperfectas y muy deficientes traducciones, según ya dejamos manifestado, Marqués participaba de muchos de los requisitos que Rubio anota como proclives a la inoculación de dicho trastorno: "las conversaciones de la corte, los sermones, los libros franceses y las malas traducciones" (201). No estará de más comentar en este punto que en febrero de 1806, Juan Antonio Melón, entonces juez de imprentas, le había impedido publicar *El Plausible*, un periódico que Marqués pretendía editar en Valladolid, y cuyos cuatro primeros números había adjuntado para obtener la pertinente licencia de impresión. La sentencia fue inexorable: "En ellos encuentro la mayor insustancialidad, la ligereza francesa, la lengua francesa, la lengua francesa más bien que castellana, las ideas y estilo franceses, y en suma todo francés" (AHN, Consejos, 11285-60, s. n.). Otra suerte de error presente en el volumen de Marqués fue omitir un concreto detalle del ejemplar de Bertrand, en donde se contaba que Matthieu —que junto con un criado suyo trataban de dar con el paradero de su hija— había contratado un guía y comprado tres caballos. Incompresiblemente, nuestro autor no plasma este lance, sino que hace que la búsqueda sea solo cosa de dos, esto es, del padre y de su asalariado. De ahí, que la frase pronunciada por Matthieu en castellano —en traslación de la articulada en francés: "je dis à mes gens, nous pourrions coucher ici" (282)— resulte poco comprensible: "dije a mis compañeros de viaje que podríamos descansar" (165).

Coincidencias entre ambos autores

Para un sacerdote con muchos años ya de ministerio, y en los últimos compases de su vida³⁷, no debía de ser cosa menor dar a la luz un libro, aunque fuese traducido, en el que se ponderara tantas y tan repetidas veces la práctica habitual de la sana y recta moral, es decir, de la virtud: “¡Oh, cuán dulces son los elogios que se dan a la virtud, tanto para el que los recibe como para el que los hace!” (79), una reflexión calcada de Bertrand (228). Justamente el arranque de la narración se inicia, al igual que lo hacía el suizo (187), invocando una virtud principal en esta ficción, tal cual resulta ser la de la hospitalidad: “Pero, ¿y qué es hoy ya de ti, virtud celestial y divina?” (6). Para, acto seguido, determinar la causa de su proscripción: “El lujo, que todo lo corrompe, te ha desterrado del centro de las naciones que se juzgan las más ilustradas” (6).

El lujo, al igual que para Bertrand, Marqués y tantos otros ilustrados, constituye una especie de enfermedad colectiva que destruye de raíz los fundamentos de la sociedad. Es lo que opina el prudente Matthieu, pues dice poseer los bienes suficientes para vivir desahogadamente, “pero nunca para aparentar ostentación, ni para gastarlos con el lujo, que yo he mirado toda mi vida como el sepulcro del placer y de la virtud” (82/229). En repetidas ocasiones se contraponen la esclavitud del lujo a la independencia que otorga una vida sin esas ataduras: “¿A qué fin [...] sacrificar las delicias de una vida libre a la sujeción de una vana apariencia, y las verdaderas comodidades, al aparato del lujo?” (105-106/243).

Esta dicotomía es, asimismo, puesta de manifiesto en la hora del primer encuentro entre Sophie y la petulante y jactanciosa Vallincurt, esposa de su padre, según nos relata este: “Anastasia se presentó con modestia y con un gracejo noble, pero fue recibida con un aire de dignidad que me desagradó, y que hubiera podido desengañarme si no hubiese yo estado tan prevenido a su favor” (100/240).

De otra parte, queda también patente esta confrontación entre esas dos formas de entender la vida en la revelación de Matthieu acerca de la conducta de su primera esposa, madre de Anastasia/Sophie, si la comparamos con quien luego sería su segunda mujer: “Me casé de primeras nupcias con una mujer sencilla y virtuosa³⁸, que tenía mi mismo modo de pensar, y con la cual pasé unos días dichosos, porque se conformaban nuestros sentimientos” (82/230).

Y es que la segunda cónyuge de Matthieu, madame de Vallincurt, representa todo lo que este desprecia, aunque había contraído matrimonio

³⁷ De hecho, como ya anteriormente dejamos anotado, Antonio Marqués y Espejo murió en ese mismo año de 1818, en el que se publicó *Anastasia*.

³⁸ Anastasia/Shopie había sido en vida como su madre: “amable y virtuosa”, según le escribe Du Theil a Isabel (25/198).

con ella en la esperanza de poderle corregir sus defectos. Sin embargo, no pudo atemperar en nada su arrogancia y altivez desaforadas, unidas a la intolerancia ("le démon de l'orgueil & de la vengeance" 272/149), ni tampoco su avaricia, inherente a ese deseo de vivir con pompa y opulencia. Por todo ello, tal se nos parece que estamos describiendo las causas que suelen originar los conflictos bélicos. Y tal sensación proviene de que, posiblemente, Bertrand no se propuso enmarcar su relato en una sola guerra, sino en dos.

Este segundo combate sería el producido por una potencia invasora: Vallincourt/Vallincurt, que ataca de forma despiada a Sophie/Anastasia. Como el resto de luchas armadas, esta es, por definición, contraria a cualquier género de hospitalidad; siendo así que la perversa madrastra no cesará hasta que haya desalojado a la joven de su propia casa, sita en una ciudad, cuyo nombre se omite, pero por lo que se puede inferir no debía de ser pequeña. En total contraposición con ese panorama agresivo y belicoso, la montaña, bien de Thévenon, bien de Mandali, se alzaría como centro de toda la "próvida naturaleza", que nos dejará oír su "dulce voz" (7), y escenificará un episodio de amor y de generosidad que logrará difuminar en la medida de lo posible la presunción y aparato mundano, y hasta los horrores de la guerra y de sus terribles efectos³⁹.

Bertrand y Marqués, como buenos ilustrados, coinciden también en el método para prevenir esas peligrosas pasiones: la educación, singularmente la que se inculca en la edad temprana: "Los caprichos de la infancia cuando se les deja tomar cuerpo llegan a ser unos vicios impetuosos en la juventud, y no hay antídoto en la medicina que facilite su alivio⁴⁰" (141/267).

En este orden de cosas, hay que detenerse en la habilidad de Bertrand por adscribir, a la ya de por sí repulsiva madame de Vallincourt, la propiedad de haber dotado a su hijo de la peor formación posible. Así lo confiesa con hartos pesares el padre del mismo, Matthieu: "je trouvois qu'elle l'éleveroit assez mal, pour le moral, & pour le physique" (264/140).

A continuación, en un pasaje en el que Marqués sintetiza lo ofrecido por su fuente (266), se hace ver que el joven, producto de aquellas nefastas enseñanzas, terminó enfermando y, luego, muriendo: "En fin se pasaban los años, y llegó el tiempo en que él debía sentir en sí mismo los terribles efectos de su mala educación" (141). Este fatídico desenlace, cuya

³⁹ Ese contraste de ambientes se ve sintetizado así: "Ainsi la chaleur des plus tendres sentiments semble animer tous ceux qui habitent ces froides contrées" (226/77).

⁴⁰ Incluso se fija un plazo hartos breve para actuar al respecto, puesto que, hablando de caprichos y de rutinas perniciosas, leemos esto: "Por lo común, se forman en el primer año de la vida los defectos que nos acompañan hasta el sepulcro" (112-113/248).

responsable máxima había sido su madre, apunta, de rebote, hacia la deficiente instrucción que probablemente habría sufrido ella misma en su etapa infantil, y que, posteriormente, acabó cuajando, en los pésimos hábitos adquiridos.

Otro aspecto que acerca a Marqués y a Bertrand, típico igualmente del período ilustrado, reside en su compartida admiración por los espíritus sensibles⁴¹, cuestión que muchas veces, aparte de resultar de naturaleza innata, es producto también de una buena educación. Gráfica muestra de esa inclinación de ambos autores la constituye el hecho de que los tres principales protagonistas de la obra, esto es, los dos narradores: Antonio M. y Matthieu, y la máxima representante de la hospitalidad en la novela, Isabel, evidencian poseer esa cualidad. Así, sobre esta última se nos dice: “Esta carta (continuó la buena mujer, derramando algunas lágrimas) venía [...]” (39). En el original, todavía se presentaba esta característica de forma más notoria: “Cette lettre, continua la femme bonne & sensible, en répandant quelques larmes, étoit [...]” (206).

En lo relativo a Antonio M. (“monsieur”, simplemente, en Bertrand), Matthieu le reconoce: “que el sensible corazón de Vmd. le ha hecho tomar tanta parte en este trágico suceso” (170-171), en traslación de: “votre coeur sensible vous y a fait prendre intérêt” (285). Además, ya antes, en el momento en el que ambos se habían conocido —y al paso de unas lágrimas vertidas por Antonio al ver la dicha que reinaba en la casa, porque la pequeña Anastasia/Sophie se había encontrado por primera vez con su abuelo—, Matthieu había aprovechado para efectuar una deducción: “Se conoce (me dijo, cogiéndome de la mano) que tiene V. también un alma muy sensible” (77)/ “Vous avez aussi une âme sensible, me dit-il” (226). En ese enunciado la palabra “también”/ “aussi” parece indicarnos que era el mentado Matthieu quien igualmente atesoraba esa misma capacidad emotiva. Además, otro rasgo denotativo de tal apreciable prenda es su deseo de llevarse y conservar con él, de vuelta a casa, las alhajas de su hija y el retrato de su yerno (171/284).

En cuanto a otros personajes importantes de la trama, hallamos que la hija de Matthieu, Anastasia/Sophie, era, según todos los indicios, persona que gozaba de sobrada sensibilidad: “No conviene a tu alma sensible la soledad de una montaña” (39/205); y ello hasta un punto que incluso podía resultarle perjudicial: “No te entregues a la sensibilidad de tu tierno corazón” (35/203-204). Incluso, su marido, el teniente Du Theil, también hace gala de esa condición: “¡Querida mía, mi tierna esposa!, mi corazón, mis deseos, y hasta mi pensamiento están siempre contigo. Te tengo en mi alma, y tu imagen no me deja un punto!” (28/199).

⁴¹ Pues, como anota Frolidi: “el hallazgo de la sensibilidad y el reconocimiento del sentimiento como modalidad fundamental, junto con la razón, de la naturaleza humana, provienen de la Ilustración” (59).

Hasta la misma Vallincourt, malvada a lo largo de toda la obra, muestra esos sentimientos en la hora del arrepentimiento, como pretendiéndose resaltar así, por parte de Bertrand (y por Marqués, de rebote), el hecho de que la sensibilidad es consecuencia de la bondad, y que no puede anidar en los corazones corrompidos: "Elle me remercia avec la plus vive sensibilité, de ce que j'étois assez généreux pour ne la point quitter" (279). Este fragmento no es recogido por Marqués, quien, además, abrevia estas consideraciones finales de la mujer de Matthieu; aunque, en cualquier caso, sí que nuestro traductor se había hecho eco anteriormente de este tipo de manifestaciones por parte de una Vallincourt contrita por sus acciones pasadas: "me alargó su mano; yo le di la mía, que ella estrechó con ternura contra su corazón; después la llevó a su boca, y la besaba bañándola con su llanto" (158-159/277).

En este género de coincidencias entre la versión de Marqués y su fuente, hemos dejado para el final un asunto que, en cierta medida, podría calificarse de paradójico, porque cuanto más fidedigna hubiera sido la transcripción del texto original, se hubiera conseguido, curiosamente, de forma objetiva un mayor distanciamiento conceptual entre ambos escritos. Este contrasentido halla su razón de ser en la relevancia que para esta cuestión tiene la diferente datación de los dos ejemplares, y en el descubrimiento entre ambas fechas de la vacuna de la viruela, llevado a cabo por Edward Jenner a finales del siglo XVIII.

En este aspecto, hay que constatar que un largo pasaje del libro de Bertrand (230-234) se consagraba a plantear las dudas que en aquellos tiempos existían sobre la pertinencia de prevenir, o no, la enfermedad de la viruela inoculando en el paciente, previa incisión en su cuerpo, pus o costras procedentes de alguien que la hubiera padecido. Y es así que de lo expuesto, y mediante la técnica de evocar un pretérito diálogo entre Matthieu y el médico de la familia, se infiere que aquel —parece que en concordancia con la opinión de Bertrand— era partidario de practicar dicha infección controlada, llamada variolización, en contra del convencimiento y consejo de su interlocutor, profesional de la salud, así como también del sentir del cura. Los recelos de estas personas acabaron cebándose en la primera esposa de Matthieu, y concluyeron del peor modo posible, es decir, con la muerte del hijo de ambos, el hermano de Anastasia/Sophie (que sí había sido inoculada), al que no le suministraron el cuestionado remedio, y con el fallecimiento, por la misma causa, de la propia mujer de Matthieu.

La controversia era bien distinta en 1818, cuando ya se conocían las bondades de la vacuna, y con ese concreto lexema es denominada por Marqués (84 85)⁴², frente a la expresión de Bertrand: "petite vérole" (230, 231, 233), o "inoculer", "inoculation" (231-232).

⁴² No solo en esos momentos alude nuestro presbítero a dicho método de sanación, puesto que inserta igualmente el vocablo "vacunación" (6, por dos veces; y 88), y "vacunados"/ "vacunadas" (85 y 87, respectivamente).

El propio beneficiado de Alberique, en una nota al pie (87), había explicado, como ya anteriormente reprodujimos, determinada experiencia familiar acerca de las ventajas indiscutibles de la vacunación, y de los terribles efectos de su omisión. De ahí, que el respeto a su fuente en esta concreta coyuntura, devenga realmente en una deformación de la misma, desde el momento en el que se sacan a relucir los anacrónicos criterios, del siglo anterior, por los que se guiaban el médico, el sacerdote o la misma esposa de Matthieu, pero que, a la hora de volcarlos Marqués en el papel, más de cuarenta años después, se encontraban ya sobradamente superados: “el señor Cura de nuestra parroquia no cesaba de disuadirla, porque esta práctica era nueva, y se debía a los ingleses. Por otro lado, el médico la reprobaba también, porque hacía sus visitas inútiles y los cuidados y recetas de los doctores poco necesarias” (84/231).

Distinta finalidad de la fábula en Bertrand y en Marqués

De lo que llevamos hablado sobre el argumento de esta narración, podría desprenderse, a primera vista, que la culpable directa de las calamidades y de los trágicos sinsabores que padecieron Sophie/Anastasia y su esposo, Du Theil/Leandro Du Theil, y por ende su hija, la pequeña Sophie/Anastasia, fue la pérfida madrastra de aquella, madame de Vallincourt/Vallincurt. Sin embargo, a poco que reparemos en el tema, parece que el auténtico generador de todos esos infortunios no lo constituye ningún personaje de la novela, sino que su verdadera causa reside, en realidad, en la guerra y en sus tristísimas consecuencias. Pues si no hubiese mediado contienda bélica en el relato, el problema hubiera quedado simplemente reducido a una cuestión doméstica, el joven matrimonio no habría perdido la vida y viviría feliz su amor, junto con su pequeña, aunque fuera lejos de la influencia perniciosa de la esposa de Matthieu, pero contando, incluso, con la bendición de este: “que si la paz se verificase, pensaba yo casarla” (116-117/250). En unas líneas añadidas en la edición de 1780, volvió Matthieu a repetir esa intención: “J'étois même décidé de la marier à Du Theil” (II 45).

A partir de este punto, debemos establecer una suerte de divergencia entre lo que creemos que se propuso Bertrand con este texto y lo que parece que quiso reflejar Marqués en el suyo. Porque de lo que sí nos hallamos convencidos es de que la distancia temporal, ideológica, social e incluso religiosa que separaba a uno de otro apunta a pensar que sus expectativas respecto de sus lectores no fueron idénticas.

Por lo que atañe a Bertrand, en realidad el autor genuino de la obra, sospechamos que tenía una particular aversión hacia cualquier tipo de conflicto militar, una repulsa absoluta, que en grado de simple conjetura nos atreveríamos a insinuar que quizá nacía, o se veía potenciada, por la posible influencia de ciertos postulados masónicos. Algo sobre lo que no poseemos ninguna prueba, pero sí algún indicio.

Uno de los aglutinantes de la masonería en muchos países de Europa durante el siglo XVIII fue el de la admiración ante el equilibrio y perfección de la naturaleza, fruto del Arquitecto Universal, así como el sentido de hermandad entre todos los hombres que comparten ese espacio vital. Es lo mismo que suscribe Bertrand: "C'est pour les besoins & les plaisirs de tous les êtres intelligens, & de toutes les créatures, que l'Architecte puissant & éternel disposa ce système sublime" (134)⁴³.

Otro principio inspirador de las sociedades masónicas pasaba por el fomento de la virtud, contemplada a la vez de una forma desinteresada, ansiada únicamente en razón de sí misma, sin esperar ningún premio por su práctica, ni castigo alguno por su omisión. Sobre este tema, Bertrand no cesa de ponderar una y otra vez, a lo largo de todo su libro (no solo de la parte del mismo que nos concierne), las excelencias de dicha cualidad personal, y proclama así las maravillas creadas por Dios, "le grand Auteur"⁴⁴: "Précieuses espérances, que vous êtes propres à enflammer nos coeurs d'un saint zele pour la vertu, qui doit nous mettre en possession d'un bonheur si desirable!" ("Première journée. Le lever du soleil" 8).

Dentro de las virtudes, Bertrand juzga la de la tolerancia como una de las principales⁴⁵. De la antagonista de esta condición opina así: "L'intolérance est donc de tous les mouvements de l'ame dépravée, le plus odieux dans son principe, dans ses effets, dans ses suites. Il n'y a plus dans le coeur de l'homme intolérant, ni humanité, ni véritable religion"⁴⁶ (291). Y

⁴³ La cita se halla dentro de su libro, *Le Thévenon, ou les journées de la montagne*, aunque no pertenece a la narración objeto de este estudio, sino que forma parte de la "Quatrième journée. Le clair de lune".

⁴⁴ Además de "Architecte" y "grand Auteur", para referirse a la divinidad Bertrand utiliza, a lo largo del volumen publicado, denominaciones del tipo: "Maître universel", "Maître Suprême de tout l'univers", "l'Être souverainement miséricordieux", por dos veces: "Intelligence suprême", "Juge Suprême", y hasta en tres oportunidades: "Sagesse suprême" (Sabiduría suprema). Marqués, en cambio, no pasó en estos puntos de nombrar a Dios como: "Supremo Juez de los mortales" (154), o "Supremo árbitro de nuestros destinos" (156). No sabemos si de esta intención de evitar vocablos que pudieran remitir a un léxico con reminiscencias poco ortodoxas, surgió también la modificación del nombre original de la protagonista, "Sofía": "Sabiduría", que fue cambiado por el de "Anastasia": "Resurrección".

⁴⁵ Ya más atrás hemos dejado expuesto que le había dedicado a este tema un capítulo entero de su libro: "Septième journée. Sur la tolérance" (287-352).

⁴⁶ Postulados todos ellos próximos a la idea masónica, según advierte Ferrer: "Así pues, frente a la ignorancia, el error, la intolerancia, el fanatismo y la superstición, el masón se presenta como el portador y portavoz de la razón y la sabiduría, la ilustración y el progreso en artes y ciencias, la tolerancia y la igualdad civil, la

pone buen cuidado en aclarar que de la práctica de este funesto arrebató no puede derivarse nunca el ejercicio de una auténtica religiosidad: “Tolérance & religion, vous devriez constamment être synonymes, comme zele pour la foi & intolérance le sont toujours avec orgueil & ressentiment”⁴⁷ (292).

No ceja Bertrand con esta su obsesión, puesto que poco antes había manifestado que no fueron las religiones las que habían provocado ese deleznable espíritu de intransigencia, sino otra clase de lacras, a la cabeza de las cuales colocaba una vez más el orgullo: “Non, ce sont les passions de l’orgueil, de la haine, de l’intérêt, de la vengeance; c’est l’esprit de parti & de faction, qui se déguisent sous ce manteau vénérable, pour cacher tout ce qu’ils ont d’odieux” (288-289).

Este tipo de fanatismo egoísta se alza en el principal escollo contra el sentido de la fraternidad, el cual, conforme hemos señalado, constituía una seña de identidad del pensamiento masónico: “Quoique tout, dans le systéme de la nature & dans celui de la religion, nous rappelle que nous sommes tous frères” (287). De ese mismo sentimiento de hermandad, fundamento inexcusable de la hospitalidad, hará estandarte también la Revolución francesa, junto con la libertad y la igualdad, como es de sobra sabido⁴⁸. Lo cual, además, nos da la oportunidad de traer aquí un comentario de Dumont hacia Bertrand (al que, por cierto, califica de moralista eudemonista), relativo a la filosofía social de este: “elle est animée à un haut degré de ce souffle de largeur, de tolérance et d’humanité qui pénétrait les esprits à la veille de la Révolution française” (260).

Bertrand, además, no suele concentrar en la persona individual el conjunto de los males de la tierra, sino que está más interesado en endosárselos a ciertas instituciones; y eso ya desde el puro arranque del relato, cuando enumera las causas de la extinción de la virtud: “Nos institutions politiques, civiles, religieuses, vous ont éteinte sur la terre” (187); para, acto seguido, girar sus cañones con el fin de apuntar,

fraternidad y la beneficencia..., en una palabra, en la virtud, piedra angular en la que reposaba su felicidad y la de la patria” (“El discurso” 277).

⁴⁷ No resultará ocioso recordar, al efecto, que en 1763 Voltaire había publicado su célebre *Tratado sobre la tolerancia*, originado en gran medida por la grande y famosa injusticia que había sufrido Jean Calas, precisamente un calvinista francés o hugonote.

⁴⁸ En conexión con este tema, no podemos por menos que referir el hecho curioso de que en 1794 se publicó una obra, de Agustín de Piis, cuyo título se acerca en mucha parte al nuestro: *Les plaisirs de l’hospitalité*, donde Simonet, hijo del leñador Simon, canta y repite varias veces que “L’Hospitalité/Est fille/De la Fraternité” (6). Además, posee la peculiar coincidencia de tener como protagonistas a dos personajes, madre e hija, que se llaman “la mère Isabeau” e “Isabelle”.

precisamente, contra la guerra, paradigma y compendio, en su perspectiva, de la crueldad:

Le civisme encore n'est pas moins opposé à cet amour universel qui doit unir tous les hommes, comme des frères [...]. Alors le civisme est aussi différent du vrai patriotisme, que le patriotisme mal entendu est contraire aux sentimens de la bienveillance due à tous les hommes. Tous les sentimens de l'hospitalité sont ainsi étouffés sous le poids de tant de factions.⁴⁹ (188-189)

Ese pasaje no fue reproducido por Marqués, suponemos que por aligerar la obra, pero sobre todo porque posiblemente no captó el sentido profundo del que quiso dotarla el calvinista suizo, el cual aprovechó una vez más para recalcar esos lazos esenciales de camaradería que deben unir a todos los habitantes del planeta. De ahí que, entre unas y otras cosas, tal parece que el texto de Marqués no se hizo eco de la que consideramos había sido la pretensión principal de Bertrand.

Hija maldita de la avaricia, del lujo, del fanatismo, así como del orgullo, un concepto extremadamente dañino en la visión del escritor helvético, la guerra se alza, en definitiva, como el pozo más negro y negativo en el que puede hundirse el hombre⁵⁰. Al punto que en él se deshumaniza. Y de ello tenemos un ejemplo literal en nuestro relato, sufrido en su propia carne por uno de los protagonistas: Du Theil, cuya herida de batalla, mortal de necesidad, le dejó durante los días finales de su vida desfigurado y sin apariencia humana: "ne pouvant être guéri de la blessure profonde qu'il avoit reçue d'un coup de fabre qui lui avoit emporté toute la joue gauche avec une partie de l'os frontal" (209/45).

Pero, además de en las atrocidades de la guerra, el relato quiere también detenerse en la bondad intrínseca de los individuos que se ven en ellas inmersos, pues en una carta a su esposa el capitán Du Theil, herido ya y prisionero, apuntaba lo siguiente: "je trouve autour de moi des vainqueurs généreux, & tous les secours de l'art & de l'humanité" (203). Estos

⁴⁹ Como ya antes expusimos, Marqués había censurado también el inicio del anterior fragmento (que debería haber aparecido en su página 7), donde Bertrand argüía que, cuando una religión truncaba el afecto hacia los sujetos que no la compartían, de nada servía la misma, pues únicamente era una práctica bárbara fruto del orgullo y del fanatismo, contraria al verdadero espíritu sagrado, y causa de intolerancias y persecuciones. Desconocemos si esa obsesión de Bertrand por estos concretos asuntos podía traer causa de la ya mencionada marcha obligada de sus ancestros hugonotes, quienes tuvieron que huir de Francia un siglo antes.

⁵⁰ Tornando al tema del masonismo, tal y como explica Ferrer: "las ideas de humanidad, tolerancia, libertad e igualdad desarrolladas en las logias condenan la violencia bajo todas sus formas" ("El binomio" 72 n. 20).

enemigos solidarios con el militar caído le procuran todos los remedios médicos a su alcance: “Les chirurgiens ont visité mes plaies; ils les trouvent assez dangereuses, mais ils continuent à me donner avec intelligence les soins les plus attentifs” (204); e incluso se sienten orgullosos de él: “Ils sont contents de ma sermeté”⁵¹ (205). Los adversarios tienen, además, la delicadeza de enviar a la dirección que poseen de Du Theil el anuncio de su fallecimiento, a través de una misiva escrita por un médico militar (209). Este proceder, tan fuera del cauce de lo usual, confiere a esta índole de enfrentamientos un carácter aún más absurdo.

Por supuesto, Bertrand, en su libertad como escritor, podía haber hecho morir de igual modo al mencionado combatiente en el seno de sus propias banderas, pero prefirió que fuera apresado por el enemigo para resaltar en él la suma generosidad que le dispensó en el trato. Y por este método volver a señalar a algunas instituciones, en su calidad de catalizadoras intransigentes, como causa directa del mal, pero no al individuo.

Tal grado de inutilidad le adjudica Bertrand a las contiendas bélicas, que todo lo que tenga que ver con los organismos que las ejecutan lleva aparejado un nivel máximo de ineptitud, torpeza y descalificación. Es el caso que ocurre con “les registres du bureau de la guerre à Paris” (224), o en Marqués: “el archivo del Ministerio de guerra de París” (72), en donde de una manera incomprensible, por más que fue buscada, no apareció la ficha de inscripción militar del teniente Du Theil.

Sin embargo, no solo las instituciones son capaces de generar guerras, sino también las personas que sufren los mismos gérmenes que empujan a aquellas hacia la proscripción de los semejantes, como pueden ser el egoísmo, la avaricia, u otras diferentes sinrazones, entre las que Bertrand coloca de forma muy destacada el orgullo desmedido. Tanto es así, que el propio autor reforzó, en la segunda edición de su libro, la vertiente negativa de este exceso de arrogancia: “L’orgueil est de toutes les passions la plus impérieuse, & celle dont on se corrige le moins” (1780 II 23; ausente en 1777 y en la traducción de Marqués). Ese es, justamente, el defecto que constantemente se le adjudica a Vallincourt, a la causante de la otra guerra de la obra, la que se libró en los ámbitos domésticos, y que resultó origen de tanto dolor.

Pero, a diferencia de los Estados o de otras grandes instituciones generadoras de conflictos, Vallincourt se acabó arrepintiendo de sus faltas y pidiendo perdón; como si por esta vía, Bertrand quisiese volver a poner de relieve la supremacía moral de los individuos sobre las organizaciones establecidas por ellos mismos. Además, por encima de su inquina hacia Sophie/Anastasia, Vallincourt/Vallincourt compartió con ella una

⁵¹ Marqués sigue en todo esto el original, con la novedad de que dice que Du Theil había sido capturado por los ingleses (33-34, 37).

conmoción de orden mucho más principal, como resultó ser la pérdida de su vida a causa de la pena por la muerte de su hijo, tal y como le ocurrió aquella con la de su esposo. Lo que, a su vez, vuelve a poner de relieve las cercanas y fraternales similitudes entre los seres humanos.

Llegados a este punto, podría vincularse la obra que nos ocupa con algunos aspectos del género sentimental, cuya temática, como apunta García Garrosa, "es un reflejo de la filosofía de las Luces"; y entre otras cosas comenta lo siguiente: "El género sentimental recoge y transmite ideas como la bondad natural del hombre y su inclinación innata al bien; la creencia en la ley natural como única norma que debe ser respetada, dado su carácter universal; la virtud como patrimonio común de todos los hombres, sea cual sea su condición; la necesidad de una nueva moral basada en el humanitarismo, la tolerancia y la filantropía" (*La retórica* 249). Si bien, estas concretas cuestiones enumeradas hallan un mejor encaje en el caso del libro completo de Bertrand, conforme acabamos de ver, que en los capítulos de este traducidos por Marqués, en los que nuestro autor, aun sin rehuirlos, revistió cuanto pudo varios de aquellos presupuestos con el barniz de la ortodoxia católica, sí que nuestro autor se aplicó en la práctica de diversos recursos del referido género sentimental, conforme más adelante indicaremos.

Por lo que corresponde a las intenciones de Marqués, desconocemos la razón específica que lo llevó a traducir este relato, aunque existen en él varias vertientes que sabemos que tuvieron que resultarle atrayentes. Entre ellas, el hecho de que en él se diera cabida a una serie de cartas. A este respecto, debemos traer a colación el hecho de que Marqués había sacado a la luz por primera vez en 1803 la *Retórica epistolar*⁵², que gozó, entre otras, de una reedición en 1819, un año después de su muerte, pero que sabemos que tuvo que haberla elaborado poco antes de la publicación de *Anastasia*, y como muy pronto entre 1814 y 1816⁵³. De lo cual se infiere que Marqués se debía de sentir muy cercano a este vehículo de transmisión de conocimiento, tan potente y novedoso⁵⁴ (vid. Rodríguez "La Retórica" 352-353).

⁵² De nuevo otra traducción, esta vez de Philipon de la Madelaine: *Le secrétaire parfait* (Rodríguez, "La Retórica" 334).

⁵³ Esta hipótesis se sostiene en razón de que aparece en dicho volumen la figura de Pedro Ceballos como primer secretario de Estado (269-270), así como el duque del Infantado como presidente del Consejo de Castilla (271), empleos que ambos ejercían por aquellas fechas.

⁵⁴ Se podrían traer aquí aquellas palabras que le dedicó Álvarez Barrientos, en las que hablaba de sus "interesantes ideas modernas sobre el sentido nuevo de la literatura, sobre su objeto de imitación, y sobre las formas mejores de llevarla a cabo" (331).

También podemos recordar ahora que en el capítulo VIII del *Viaje de un filósofo a Selenópolis*, rotulado “Biblioteca particular del bello sexo Selenítico” —el único que no tradujo del original de Daniel de Villeneuve: *Le voyageur philosophe dans un país inconnu aux habitants de la terre* (vid. Álvarez de Miranda 46)—, Marqués también había insertado tres misivas: “Carta de la Pitagórica Melisa a Cleareta”, “Carta de Téano a Nicóstrata” y “Carta de Myia a Filis”, que como ya dejamos dicho suponemos que fueron tomadas de la versión castellana de las mismas, elaborada por Ataide y Portugal⁵⁵.

Acerca de este tema, tenemos que poner de manifiesto que el gran éxito alcanzado por el género epistolar en España durante el final del siglo XVIII⁵⁶, del que constituyen algunos ejemplos las *Cartas marruecas*, *Pamela Andrews*, *El engaño feliz*, *La Leandra*, *La Serafina* o *Cornelia Bororquia*, se prolongó de una u otra forma⁵⁷ a lo largo de los años y de las décadas, por lo menos hasta 1840, con *Emilia y Clara o efectos de una buena educación*⁵⁸.

Tras precisar que “muchas novelas epistolares se dirigen convencionalmente a un auditorio femenino y joven”, Ana Rueda subraya lo siguiente: “La relación entre el género epistolar y su público es relevante para la cuestión sentimental, pues el carácter serial y fragmentado de las novelas epistolares condicionó nuevos estilos en la manera de leer y

⁵⁵ En los números 4 y 5 del *Liceo del Bello Sexo*, una revista que Marqués no pudo llegar a publicar por afectarle la prohibición de periódicos de 1804, se habían incluido las dos primeras cartas (AHN, Consejos, 5566-59).

⁵⁶ Sobre la popularidad de este tipo de literatura en el siglo ilustrado, nos atenemos a la siguiente observación de Baquero: “si nos aproximamos ya al desarrollo de la gran novela europea dentro de este contexto histórico, observaremos cómo de entre sus muchas especies, una en concreto descolló con gran vitalidad. Me refiero al género de la novela epistolar que si bien tuvo en la literatura española áurea su primer exponente, será en la centuria dieciochesca cuando alcance su más amplio desarrollo” (393).

⁵⁷ En algunos casos, como sucede con *Anastasia*, no se trató de libros enteramente escritos en forma epistolar, sino que estos acogían en su seno diversas misivas. Es lo que Rueda denomina “cartas intercaladas” (*Cartas* 199-202).

⁵⁸ Todos estos datos los hemos recogido de la magnífica monografía de Ana Rueda: *Cartas sin lacrar* (202-376), en donde, entre otros ejemplos del género epistolar, se mencionan obras como *La Amalia o cartas de un amigo a otro residente en Aranjuez*, o *La Amalia o cartas de un amigo a otro residente en Toledo* (1811-1812), *La Luciana en cinco períodos* (1819), *Cartas de la Reina Witinia a su hermana Fernandina* (1822), *El secreto revelado en cartas confidenciales [...] (1827)*, *La seducción y la virtud o Rodrigo y Paulina* (1829), *Voyleano o la exaltación de las pasiones* (1827), *Irene y Clara, o la madre imperiosa. Novela moral* (1830), *Las españolas náufragas o correspondencia de dos amigas* (1831), *Adelaida o el misterio* (1832), *Teodora, heroína de Aragón* (1832), *Teresa o las víctimas de la codicia* (1835), *El amor en el claustro o Eduardo y Adelaida. Cartas eróticas* (1838).

contribuyó a la configuración de un «lector sentimental»". Además, unas líneas más adelante, señala que "las novelas epistolares pretenden no solo divertir sino edificar moralmente al lector" (*Cartas* 181). En este sentido, la versión de nuestro traductor emparenta también con algunos de los recursos que, según explica Álvarez Barrientos, utilizó la novela sentimental:

Esta forma de moralizar [por medio de largos discursos] sí desaparece en las "novelas sentimentales", pero la intención moralizante no, que incluso a menudo es más fuerte, pues los autores, con extremada frecuencia, se servirán de los distintos casos que presenten a sus lectores para moralizar, pero moralizar de la forma que ya ha quedado explicada. Así pues, lo que cambia son los medios para filtrar la moral, mientras que esta no desaparece, pues la novela dieciochesca finisecular es esencialmente moralizadora.⁵⁹ (225)

Y es que probablemente el factor primordial, que impulsó a Marqués a trasladar al castellano y dar a la estampa *Anastasia* se encuentra en directa conexión con la referida finalidad de avivar las buenas costumbres, ya que creemos que se fundamentó, precisamente, en el tema que nuestro autor graduó de principal en el texto: la hospitalidad, y el premio que conlleva la práctica de la virtud. En este aspecto también contamos con un precedente en la biografía de Marqués, puesto que, como ya apuntamos, entre los años 1801 y 1808 había fungido como capellán en las Recogidas de Madrid, un establecimiento en el que hallaban acomodo y protección las mujeres de vida descarriada.

A lo largo de las cinco obras publicadas (que sepamos) en los últimos años de su vida, Antonio Marqués y Espejo observó en ellas dos constantes: por un lado, la enorme trascendencia otorgada a la actitud del arrepentimiento y del perdón, circunstancia bien lógica, por cierto, tratándose de un sacerdote que, además, seguramente sentía ya próxima su muerte⁶⁰; y, por otro lado, la persistente preocupación por las cuestiones

⁵⁹ En esta materia de las emociones anímicas con pretensiones moralizadoras, propias del género sentimental, publicó Marqués diversas obras de teatro, aunque probablemente ninguna original; siendo entre ellas quizás las más turbadoras *Matilde de Orleim* (1803), traducida de *Mathilde* (1799), de Boutet de Monvel, y *La recompensa del arrepentimiento* (1816), asimismo procedente de un drama francés: *L'Orphelin* (1794), de Pigault-Lebrun. Ya que en ambas se encierran secretos inconfesables por parte de los protagonistas, remordimientos martirizantes, peligros de adulterio, junto con los consiguientes llores sin fin; todo ello con un propósito didáctico, propagador de la virtud, que advierta, amedrente y sirva de ejemplo al público receptor. No en vano, afirma García Garrosa que "el teatro sentimental quería educar conmoviendo" (*La retórica* 251).

⁶⁰ Un síntoma de lo que vamos diciendo, en relación con el premio que espera a quien abjure de errores pretéritos, lo constituye la reiteración de las palabras "recompensa" o "reparación" en algunos de estos títulos suyos.

relativas al cobijo del necesitado. De hecho, ambos elementos se hallan presentes en la traducción de *Anastasia, o la recompensa de la hospitalidad*, ya con la contrición de Vallincurt, ya con el asunto nuclear del alojamiento conferido a la pequeña Anastasia.

De los otros cuatro impresos, obras de teatro en su totalidad, únicamente en uno de ellos, *Los compadres codiciosos*⁶¹, se deja de plantear esta cuestión del asilo doméstico, para centrarse en el ya mentado del arrepentimiento y rectificación personal de una conducta anterior. Una pieza esta que, tal y como hemos podido comprobar, resulta ser una adaptación de una comedia de Voltaire: *La femme qui a raison*⁶².

En *La recompensa del arrepentimiento*, la protagonista, D^a Manuela, que ha vivido muchos años torturada por un pecado escondido, pone fin a sus remordimientos de conciencia por medio de una pública petición de perdón. Igualmente, en *La filantropía, o la reparación de un delito*⁶³, D. Eduardo Pimentel implora en los instantes finales del drama: “Olvida mis delitos; atiende solo a mi arrepentimiento [...]. Perdóname” (59). Por su parte, *Amor y virtud a un tiempo* termina del modo siguiente: “Así el cielo nos da pruebas continuas de que al vicio nunca falta su castigo, al paso que la virtud siempre fue recompensada” (32b).

En cuanto a lo atinente a la hospitalidad, Nicasia, protagonista de la última obra citada, sustituye en determinado momento el amparo recibido en la casa de D^a Felipa por el de D^a Florencia. De similar modo, en *La recompensa del arrepentimiento* el joven Julián, personaje de los más principales del drama, fue acogido por un acaudalado matrimonio desde su nacimiento. Y en *La filantropía o la reparación de un delito* Rita (Doña Manuela), la protagonista, es dueña de una posada, y se erige en verdadero ejemplo de hospitalidad, dando albergue en sus aposentos a todo el que lo ha menester.

Esta doble fijación de Marqués pudo ser la causa de que no hubiera captado lo que juzgamos era el significado profundo del texto de Bertrand, y la razón de que se quedara solamente en la superficie. De ahí, que no ya en el título, sino que ni tan siquiera en ninguno de los dos subtítulos: *la*

⁶¹ Este texto solo lo hemos manejado por la edición de 1826, aunque su primera publicación probablemente fue anterior a 1818, puesto que la portada de aquella, que tiene que ser reproducción de la primitiva, solo refiere de Marqués las cualidades de presbítero y de pensionado, pero no la de beneficiado de Alberique. Aguilar Piñal no consigna fecha alguna para dicho impreso (431b).

⁶² Así es que únicamente nos falta por determinar la procedencia de *Amor y virtud a un tiempo* y de *La filantropía, o la reparación de un delito*, para saber si de la pluma de Marqués salió alguna pieza dramática de su entera originalidad.

⁶³ Citamos este libro por la edición de 1819, que es la única que hemos podido consultar.

recompensa de la hospitalidad. Anécdota histórica de un casto amor contrariado, haya dejado consignada la aversión a las guerras, de tanta relevancia y peso en el devenir de los acontecimientos plasmados en la novela de Bertrand.

Conclusiones

Los parajes bucólicos, donde se respira la paz y el sosiego, representados por el Thévenon, tan alejado de los ambientes en los que se maquinan las guerras, parece que suscitaron en Bertrand una narración denunciadora de tales desvaríos, producto de la ambición y de la intransigencia fanática, y por completo opuestos a la paz universal, la tolerancia, y fraternidad que deben reinar entre los seres humanos, unos sentimientos preconizados por la Ilustración. En este aspecto, las contiendas bélicas, auspiciadas por los gobiernos, se manifiestan frontalmente opuestas a la hospitalidad que aflora en las almas individuales, y que puede fructificar, incluso, dentro del seno de tales luchas armadas, como ocurrió en este relato con los enemigos compasivos de Du Theil.

El aire fresco y purificador de la montaña erradicará la inhumanidad (representada por la desfiguración del joven capitán) y los horrores de los conflictos militares, acogiendo en ella un episodio de cariño y de generosidad que relegará a un segundo plano el espanto de tales atrocidades. Porque, a poco que se recale en el asunto, salta a la vista que el auténtico generador de la tragedia no lo constituye ninguno de los personajes de la trama, por más odioso que alguno pudiera parecer, sino el combate fratricida entre los hombres y los pueblos.

A pesar de esto, estimamos que Antonio Marqués —de quien sabemos que, al menos de joven, había sentido debilidad por la vida militar— eligió traducir y publicar en castellano el texto del moralista suizo a causa de lo mucho que se ponderaba en él la virtud, especialmente la de la hospitalidad, y asimismo, aunque si bien por vía indirecta en Bertrand, la relativa a la capacidad de arrepentimiento; dos asuntos que resultaron recurrentes en el pensamiento de D. Antonio durante los últimos años de su vida, a la luz siempre de los dictados de su credo católico, y tal vez como trasunto de la salvación de su alma, presintiendo ya cercana su muerte.

Además, el clima literario de la época propiciaba la aparición de impresos de corte instructivo, didáctico y moralizante, como lo era este que nos ocupa. Posiblemente la inclusión de varias cartas misivas en el relato de Bertrand suscitó un interés añadido en Marqués, dado el valor que confería a este método de difusión de contenidos; un medio de comunicación escasamente aprovechado hasta el siglo XVIII a cuenta del analfabetismo generalizado, pero en el que nuestro autor supo ver, con un talante moderno, un procedimiento sumamente valioso y susceptible de influir en las relaciones personales y sociales.

Por otra parte, las circunstancias ambientales que envolvían la novela le permitieron adaptar y encuadrar la misma en un entorno orográfico que a buen seguro conservaba vivo en su memoria, y que probablemente

mantenía como uno de los episodios más emocionantes y esplendorosos de su ya lejana juventud; pues allí, en los montes de Navarra, su valentía lo había llevado a obtener una pensión vitalicia del rey sobre la mitra de Sevilla. No negaremos, tampoco, que el largo pasaje sobre el remedio para paliar la enfermedad de la viruela, de tanto estrago y trascendencia entonces, contenido en el relato original, no pudiese resultar otro elemento atractivo para nuestro antiguo capellán castrense, muy atento siempre en procurar la efectiva utilidad para con sus lectores. Además, según dejó consignado, dicha afición había propiciado un incidente trágico en su propia familia.

Por encima de su poco agraciado estilo literario, infestado en singular medida de galicismos y laísmos, y de lo mal visto que se consideraban en la época este tipo de desdichadas traducciones —motivo, tal vez, de que hiciese pasar la novela por obra suya, y evitarse así algunas discordias y sinsabores—, el caso es que no escatimó Marqués en emplear muchas de las argucias y habilidades de las que se había valido en la inmensa mayor parte de su producción literaria anterior, como fue su sempiterna intención de aproximar los libros a los lectores, de buscar su complicidad con ellos, y de convertir, por esa vía, la letra impresa en más atractiva, provechosa y hasta entrañable para quien se adentrara en sus páginas; de ahí que no dudara en encuadrar en la España reciente de su época, y de hacerla pasar por cosa verídica, una historia inventada más de cuarenta años atrás por un escritor suizo de distinta confesión religiosa.

OBRAS CITADAS

- Aguilar Piñal, Francisco. *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1989. T. V.
- Alonso Seoane, María José. “Infelices extremos de sensibilidad en las lecturas de Olavide”. *Anales de Literatura Española* 11 (1995): 45-64.
- . “Traducciones de obras narrativas en el *Diario de Madrid*, 1814-1820”. En *La traducción en España (1750-1830): lengua, literatura, cultura*. Francisco Lafarga, coord. Universitat de Lleida, 1999. 363-374.
- Álvarez Barrientos, Joaquín. *La novela del siglo XVIII*. Madrid: Ediciones Júcar, 1991.
- Álvarez de Miranda, Pedro. “El viage de un filósofo a Selenópolis (1804) y su fuente francesa”. En *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Isáías Lerner, Robert Nival y Alejandro Alonso, eds. Newark, Delaware. Juan de la Cuesta, 2001. T. III: 43-51.
- Ataide y Portugal, Enrique. *Colección de filósofos moralistas antiguos*. Madrid: Aznar, 1803. T. V.

- Baquero Escudero, Ana L. "Novela epistolar y traducción: Marchena y la *Nouvelle Héloïse*". En *Neoclásicos y románticos ante la traducción*. Francisco Lafarga, Concepción Palacios, Alfonso Saura, eds. Universidad de Murcia, 2002. 391-404.
- Bertrand, Jean Élie. *Le Thévenon, ou les journées de la montagne* [...]. Neuchatel: Imprimerie de la Société Typographique, 1777. bit.ly/2HSqcZI.
- _____. *Le Thévenon. Nouvelle Édition, revue, corrigée & augmentée*. 2 vols. Neuchatel: Imprimerie de la Société Typographique, 1780.
- _____. *Le solitaire du Mont Jura, ou récréations d'un philosophe*. 2 vols. Neuchatel: Imprimerie de la Société Typographique, 1782.
- Dowling, John. "Las Noches lúgubres de Cadalso y la juventud romántica del Ochocientos". Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003, 9 pp.
- Dubois de Rochefort, Guillaume. *L'Odyssée d'Homère, traduite en vers, Suivie d'une Dissertation sur le Voyages d'Ulyse*. París: Chez Brunet, 1777. T. II.
- Dumont, Paul. "Jean-Élie Bertrand, 1713-1797: Quelques pages de l'histoire des idées philosophiques, théologiques et morales dans la Suisse française, à la fin du dix-huitième siècle". *Revue de Théologie et de Philosophie et Compte-rendu des Principales Publications Scientifiques* 38 (1905): 217-269.
- El Regañón General o Tribunal Catoniano de Literatura, Educación y Costumbres* 12 (1804): 93-94.
- Étienvre, Françoise: "Traducción y renovación cultural a mediados del siglo XVIII en España". En *Fénix de España. Modernidad y cultura propia de la España del siglo XVIII (1737-1766)*. Actas del Congreso Internacional celebrado en Madrid, noviembre de 2004. Homenaje a Antonio Mestre Sanchis. Pablo Fernández Albadalejo, ed. Madrid: Marcial Pons, 2006. 93-118.
- Feijoo, fray Benito Jerónimo. *Teatro crítico universal*. Madrid: Ibarra, 1769. bit.ly/2WBcinm.
- Fenouillot de Falbaire, Charles Georges. *L'honnête criminel, ou l'amour filial*, 1768 (citamos por 1790, París: Chez Barba).
- Ferrer Benimeli, José Antonio. "El discurso masónico y la Inquisición en el paso del siglo XVIII al XIX". *Revista de la Inquisición* 7 (1998): 269-282.

- _____. “El binomio francmasonería-revolución en la época de las luces entre la historia y el mito”. *Studia histórica. Historia contemporánea* 23 (2005): 65-82.
- Froldi, Rinaldo. “Apuntaciones críticas sobre la historiografía de la cultura y de la literatura españolas del siglo XVIII”. *Nueva Revista de Filología Hispánica*. XXXIII. 1 (1984): 59-72. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- García Garrosa, María Jesús. *La retórica de las lágrimas. La Comedia Sentimental Española, 1751-1802*. Valladolid: Secretariado de Publicaciones. Universidad de Valladolid, 1990.
- _____. “Valladares adaptador de Marmontel. Una nueva versión española de los *Contes moraux*”. *Estudios de Investigación Franco-española* 7 (1992): 39-54.
- _____. “Ideas en torno a las traducciones de novelas en un texto de Juan Mieġ: *Cuatro palabras a los señores traductores de novelas* (1838)”. En *Neoclásicos y románticos ante la traducción*. Francisco Lafarga, Concepción Palacios, Alfonso Saura, eds. Universidad de Murcia, 2002. 141-154.
- _____. “«Copiando gálicas frases con españolas palabras»: el filtro corrector de la censura en traducciones de obras francesas en el siglo XVIII español”. En *Homenaje al profesor D. Francisco Javier Hernández*. Catherine Desprès, Julián Mateo, M^a Teresa Ramos y Mercedes Vallejo, eds. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2005. 285-298.
- _____. “Reflexiones sobre la traducción en España: 1800-1830. Entre tradición y renovación”. En *Pensar la traducción en la España del siglo XIX*. Madrid: Escolar y Mayo Editores, 2016. 13-96.
- García Garrosa, María Jesús, y Lafarga, Francisco. *El discurso sobre la traducción en la España del siglo XVIII. Estudio y antología*. Kassel: Reichenberger, 2004.
- _____. “La historia de la traducción en España en el siglo XVIII”. En *La traducción en la época ilustrada (panorámicas de la traducción en el siglo XVIII)*. José Antonio Sabio Pinilla, ed. Granada: Editorial Comares, 2009. 27-80.
- García Malo, Ignacio. *Pamela Andrews o la virtud recompensada [...]*. Madrid: Antonio Espinosa, 1794-95.
- Journal Encyclopédique ou Universel [...]*. Tome III (1777), II: 295-305.

Lafarga, Francisco. "La traducción en la España del siglo XVIII". *Trasvases culturales: literatura. Cine. Traducción*, 1997. 37-55.

_____. "El siglo XVIII, de la Ilustración al Romanticismo". En *Historia de la traducción en España*. Francisco Lafarga, Luis Pegenaute, eds. Salamanca: Editorial Ambos Mundos, 2004. 209-319.

Marqués y Espejo, Antonio. *Diccionario feijoniano*. Madrid: Imprenta de la calle Capellanes, 1802.

_____. *Miss Clara Harlove* [sic]. Madrid: Viuda de Ibarra, 1804.

_____. *Higiene política de la España*. Madrid: Repullés, 1808.

_____. *Amor y virtud a un tiempo*. Valencia: José Ferrer de Orga, 1816.

_____. *La recompensa del arrepentimiento*. Valencia: José Ferrer de Orga, 1816.

_____. *Anastasia, o la recompensa de la hospitalidad*. Valencia: Ildefonso Mompié, 1818.

_____. *La Filantropía, o la reparación de un delito*. Valencia: Domingo y Mompié, 1819.

_____. *Retórica epistolar, o arte nuevo de escribir todo género de cartas misivas y familiares* [...]. Segunda edición, corregida y aumentada por su autor. Valencia: Estevan, 1819.

_____. *Los compadres codiciosos*. Valencia: Ildefonso Mompié, 1826.

Masseau, Didier. *Les ennemis des philosophes. L'antiphiosophie au temps des Lumières*. Paris: Éditions Albin Michel, 2000.

Mata Induráin, Carlos. "Estructuras y técnicas narrativas de la novela histórica romántica española (1830-1870)". En *La novela histórica, teoría y comentarios*. Kurt Spang, Ignacio Arellano y Carlos Mata, eds. Ediciones de la Universidad de Navarra, 1995. 145-198.

Memorial Literario 48 (1804): 98-102.

Pajares Infante, Eterio. "La traducción inglés-español en el siglo XVIII: ¿manipulación o norma estética?". En *Trasvases culturales: literatura. Cine. Traducción*. Universidad del País Vasco, Departamento de Filología Inglesa y Alemana, 1994. 385-394.

- _____. “Censura y nacionalidad en la traducción de la novela inglesa”. En *La traducción en España (1750-1830). Lengua, literatura, cultura*. Francisco Lafarga, ed. Lleida: Edicions de la Universitat de Lleida, 1999. 345-352.
- Pajares Infante, Eterio, y Romero Armentia, Fernando. “Alberto Lista, traductor ilustrado del inglés”. *Livius. Revista de Estudios de Traducción* 4 (1993): 127-143.
- Philippon de la Madelaine, Louis. *Le secrétaire parfait, ou modèles de lettres sur différents sujets, corrigée et augmentée*. Venise: Chez Thomas Bettinelli, 1786.
- Piis, Agustín de. *Les plaisirs de l'hospitalité, opéra comique, en un acte, mêlé de vaudevilles*. París: Libraire au Théâtre du Vaudeville, 1794.
- Rodríguez Morín, Felipe. “Antonio Marqués y Espejo y la *Biblioteca selecta de las damas* (1806-1807)”. *Dieciocho* 42.1 (Spring 2019): 33-66.
- _____. “Aproximación biográfica y literaria a Antonio Marqués y Espejo (1762-1818)”. *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII* 27 (2017): 285-322.
- _____. “Desahogos líricos (1802), de Antonio Marqués y Espejo: ¿secuelas de un amor imposible?”. *Dieciocho* 43.1 (Spring 2020): 163-194.
- _____. “El *Liceo General del Bello Sexo* (1804), de Antonio Marqués y Espejo, una tentativa fallida para la ilustración de la mujer”. *El Argonauta Español* 15 (2018). <https://doi.org/10.4000/argonauta.2822>.
- _____. “La *Retórica epistolar* (1803), de Antonio Marqués y Espejo, como método para facilitar la comunicación escrita en una sociedad moderna”. *Cuadernos Dieciochistas* 20 (2019): 325-356.
- Rubio, Antonio. *La crítica del galicismo en España (1726-1832)*. México: Ediciones de la Universidad de México, 1937.
- Rueda, Ana. *Cartas sin lacrar. La novela epistolar y la España Ilustrada. 1789-1840*. Madrid: Iberoamericana-Verbuert, 2001.
- _____. “Housing the Enemy: Non-Competing Moral Demands in Marqués y Espejo’s *Anastasia* (1818)”. *The Workshop* 3 (June 2015): 23-32.
- Urzainqui, Inmaculada. “Hacia una tipología de la traducción en el siglo XVIII: los horizontes del traductor”. En *Traducción y adaptación cultural: España-Francia*. Francisco Lafarga, María Luisa Donaire Fernández, coords. Oviedo: Universidad de Oviedo, 1991. 623-638.

Vargas y Ponce, José de. *Declamación contra los abusos introducidos en el castellano* [...]. Madrid: Imprenta de la Viuda de Ibarra, 1793.

Villeneuve de Listonay, Daniel Jost de. *Le voyageur philosophe dans un pais inconnu aux habitants de la terre*. Amsterdam, 1761.

Voltaire. *La femme qui a raison, comédie en trois actes, en vers* [...]. Ginebra, 1759.